

Iván Turguénev

Punin y Baburin

Presentación de
Juan Eduardo Zúñiga

Traducción de
Marta Sánchez-Nieves

Nórdica ros



PUNIN Y BABURIN

IVÁN TURGUÉNEV

Presentación de
Juan Eduardo Zúñiga

Traducción de
Marta Sánchez-Nieves



A Juan Eduardo Zúñiga

Título original: Punin i Baburin

© Del prólogo: Juan Eduardo Zúñiga

© De la traducción: Marta Sánchez-Nieves

Edición en ebook: octubre de 2018

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B

28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-17281-88-5

Diseño de colección: Filo Estudio

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Composición digital: Leer en digital

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

ENCUENTRO CON IVÁN TURGUÉNEV

Cuando aún estaban en mis manos los libros infantiles, me llegó casualmente —como ocurre siempre en los acontecimientos decisivos— una novela de Iván Turguénev cuya lectura me extrañó y me sedujo. Desde aquel día su nombre estuvo en mi conciencia, acaso colaborando a formar, con otros factores, un carácter y una sensibilidad ante los hechos de la realidad. Fue el primer paso en el conocimiento de su país, una Rusia antigua y remota de la que nadie en mi entorno sabía nada. Conocimiento que logré a través, principalmente, de obras literarias, de magníficas inteligencias creadoras que suscitaron en mí una adhesión afectiva a su cultura, su música, su gente de pasiones extremosas, su paisaje de distancias infinitas, de bosques vírgenes y aldeas silenciosas, su lengua inabarcable de musicales sonidos.

El presente ensayo sobre Iván Serguéievich Turguénev¹ tiene su razón de ser en mi interés por la biografía del escritor que me abrió, en edad muy temprana, el camino del mundo literario. Ha sido entre los escritores rusos, junto a Tolstói y Dostoievski, el mejor acogido en Occidente por la calidad literaria de su obra, que conserva hoy vigentes peculiaridades de la gran novela del siglo pasado, aun con los matices de la idealización romántica. Admirado y respetado, también su presencia física sorprendía:

«La puerta se abrió y apareció un gigante. Un gigante de cabeza plateada, como se diría en un cuento de hadas. Tenía largos cabellos blancos, gruesas cejas blancas, una gran barba blanca, de un blanco plata, brillante, iluminado de reflejos; y en esta blancura, un rostro tranquilo, con rasgos algo fuertes: una verdadera cabeza de río *derramando sus ondas* o, mejor aún, una cabeza de padre eterno. Su cuerpo era alto, ancho, macizo, sin ser grueso, y este coloso tenía gestos de niño, tímidos y reprimidos. Hablaba con una voz muy dulce, un poco blanda, como si la lengua se moviese difícilmente. Algunas

veces dudaba buscando el vocablo preciso en francés para expresar su pensamiento, pero siempre lo encontraba con una sorprendente justeza, y esa ligera vacilación daba a su palabra un encanto particular».

Así era Turguénev, tal como lo describió Guy de Maupassant, y así lo conocieron, hace poco más de un siglo, muchos europeos. De Europa fue huésped casi media vida y su arte tiene mucho de elaboración de la cultura occidental, con la que se identificó. Su extensa obra se corresponde con una vida especialmente compleja que, cuando se descubre, atrae como una experiencia insólita.

La aproximación a Iván Turguénev revela a un escritor magistral por su destreza para analizar los entresijos del alma humana, por sus invenciones verosímiles, por lo problemático de su psicología y por los aspectos reservados de su obra; de ella brota un sutil aliento de dolor íntimo, de frustración y melancolía, que puede modificar el concepto habitual existente acerca de este creador. Turguénev, que muchas veces ha sido considerado el autor más equilibrado de la literatura rusa, modelo de serenidad formalista, de moderación, aparece, a la luz de ciertas indagaciones biográficas, bajo el peso atormentador de unas Erinias implacables. La imagen convencional de este escritor es la de un literato famoso que viajó sin descanso, siempre en busca de un hogar que únicamente encontraba en el de un matrimonio amigo, a cuya esposa —Paulina García de Viardot— amó en secreto durante cuarenta años; un noble ruso sometido a esta célebre cantante de origen español, alejado de su patria, de la que sin cesar escribe, liberal partidario de reformas y, a la vez, cronista de las viejas estructuras de su clase, ya en decadencia... Sin embargo, un estudio que confronte y establezca conexiones entre vida afectiva y obra literaria puede revelar aspectos de una personalidad conflictiva, insospechada, que escapó a la fácil identificación porque el autor la enmascaró bajo apariencias circunstanciales.

A penetrar este aspecto caracterológico de la personalidad del escritor ruso tiende el presente ensayo, a establecer una interconexión entre datos biográficos no sistematizados suficientemente. Con este fin se utilizan aquí cartas y fragmentos de la abundante correspondencia de Turguénev en relación con momentos de su vida, así como citas de sus novelas y narraciones fundamentales. Estas conservan un prestigio universal pese a los cambios que ha sufrido en los últimos cien años la expresión literaria.

Especialmente ahora, cuando la literatura tiende a no relatar una historia lineal, podría parecer que la técnica y los argumentos de Turguénev están muy distantes del gusto actual. Sin embargo, la edición de sus obras es frecuente y sus títulos más conocidos —*Humo, Lluvias de primavera, Padres e hijos*— no dejan de figurar en muchos catálogos. Incluso en España, donde apenas tuvieron resonancia las literaturas eslavas, se hacen con regularidad ediciones de sus obras y, lo que es más insólito, adaptaciones de estas en televisión, sistema que parecería el más opuesto a su forma de narrar. Esta aceptación se dio, no obstante la mediocre calidad de las traducciones disponibles, ya en la primera mitad de siglo, como recuerda Antonio Machado al opinar sobre literatura rusa: «Traducida, y mal traducida, ha llegado a nosotros. Sin embargo, decidme los que hayáis leído una obra de Turguénev —*Nido de nobles*—, o de Tolstói —*Resurrección*— o de Dostoievski —*Crimen y castigo*—, si habéis podido olvidar la emoción que esas lecturas produjeron en vuestras almas».

Aún con mayores dimensiones existe este interés por Turguénev en países como Inglaterra, Alemania o Francia, donde hay prestigiosos turguenevistas y es constante la aparición de trabajos que estudian particularidades relacionadas con él o con su obra, sin necesidad de mencionar, por obvio, su país natal, donde Turguénev ha tenido innumerables especialistas, ediciones y millones de ejemplares vendidos. La investigación sobre Turguénev es extensa y minuciosa: ha llegado a reconstruirse con una precisión rigurosa la historia de sus amistades, sus viajes, opiniones y afectos; el proceso de realización de sus obras, la genealogía de las familias materna y paterna; se ha identificado a las personas que le sirvieron para dar cuerpo a sus personajes e incluso conocemos los libros que leía de niño. Su enorme correspondencia, junto con los recuerdos de sus contemporáneos, ha posibilitado establecer los menores detalles de su vida.

A lo largo de esta y de sus cuarenta años de actividad literaria, se advierte el perseverante trabajo que llevó a cabo para recrear su pasado o bien para evidenciarlo tal como fue. Por esta razón, Turguénev es un adelantado en la configuración de la obra literaria con sedimentos muy profundos de la propia existencia, e incluso la parte menos importante de sus escritos está entretejida de matizaciones de este origen que al ser espejo de sí mismo lo eran también de los hombres de su tiempo. Acaso nunca supo que estaba haciendo un

verdadero historial clínico de su época y de sus personajes; detalló en las páginas de sus novelas y relatos no solo caracteres cotidianos, aunque pictóricos de interés, sino procesos psíquicos y secuencias obsesivas que ejemplifican un tipo mental generalizado en todas las épocas.

Pero su obra no se limita a esta prospección en el dominio intimista, sino que igualmente vigiló el trasfondo de costumbres, dentro del propósito cívico común a los escritores rusos —desde Pushkin hasta Chéjov— de poner luz en las tinieblas de su tiempo. Turguénev fue testigo de la lenta ruina de la nobleza rusa, aunque distanciado de ella por poderosas razones. Distanciamiento que le permitió captar los rasgos básicos de los rusos del siglo pasado y, al introducirlos en su literatura, escribir una larga historia que ayuda a conocer los orígenes de la Rusia actual.

Juan Eduardo Zúñiga

PUNIN Y BABURIN

Relato de Piotr Petróvich B.

... Ahora estoy mayor y enfermo y pienso más que nunca en la muerte, a cada día que pasa más cercana; pocas veces pienso en el pasado, pocas veces fijo en el ayer mi mirada espiritual. Solo a veces —en invierno, sentado inmóvil frente a una chimenea prendida; en verano, mientras recorro con paso tranquilo la alameda en sombra— hago memoria de los años pasados, de sucesos y personas; pero mis pensamientos no suelen detenerse en la época madura de mi vida ni en la juventud. Suelen trasladarme bien a mi más tierna infancia, bien a mi primera adolescencia. Por ejemplo ahora: me veo en la aldea con mi abuela, severa y enojada, tengo apenas doce años y en mi imaginación surgen dos seres...

Pero voy a contarlo en orden y en su contexto.

I. AÑO 1830

El viejo lacayo Filíppych entró, de puntillas como solía, con la corbata atada en forma de roseta, con los labios apretados con fuerza —«para que no se le escapara el aliento»—, con un pequeño mechón canoso al estilo cosaco en el centro de la frente; entró, se inclinó ligeramente y entregó a mi abuela en una bandejita de hierro una carta grande con un sello de armas. La abuela se puso las gafas, leyó la carta...

—¿Está aquí? —preguntó.

—¿Qué desea? —dijo Filíppych tímidamente.

—¡Estúpido! El que ha traído la carta, ¿está aquí?

—Aquí está, sí, aquí... En las oficinas.

La abuela sacudió el rosario de ámbar, que resonó un momento...

—Dile que se presente... Y tú, señorito —se dirigió a mí—, quédate ahí sentado y quieto.

Y yo no me moví de mi rincón, del taburete del que me había apropiado. ¡La abuela me sentaba las costuras!

Al cabo de unos cinco minutos entró en la estancia un hombre de unos treinta y cinco años, de pelo negro, tezado, de cara picada y pómulos anchos, nariz ganchuda y cejas espesas, bajo las cuales miraban con tranquilidad y aflicción unos ojos grises no muy grandes. El color de estos ojos y su expresión no se correspondían con la constitución oriental del resto de la cara. El hombre recién llegado vestía levita de faldones largos, que le daba un aire de solidez. Se paró justo en la puerta e hizo una ligera reverencia, solo con la cabeza.

—¿Tu apellido es Baburin? —preguntó mi abuela y, acto seguido, añadió

para sí: «*Il a l'air d'un arménien*».

—Así es, señora —respondió este con voz sorda y uniforme. Ante esa primera palabra de la abuela, «tu», sus cejas habían temblado ligeramente. ¿Había esperado acaso que no lo tutearía, que le hablaría de usted?

—¿Eres ruso?, ¿ortodoxo?

—Así es, señora.

La abuela se quitó las gafas y envolvió a Baburin con una mirada lenta de pies a cabeza. Este no apartó la vista y se limitó a colocar las manos a la espalda. En realidad, a mí me interesaba más su barba: estaba afeitada con gran lisura, pero ¡en la vida había visto unas mejillas y un mentón tan azules!

—En su carta Yákov Petróvich te recomienda muy bien —empezó mi abuela—, como hombre «sobrio» y trabajador, entonces ¿por qué te has ido de su casa?

—En su hacienda necesita gente con otras cualidades, señora.

—¿Otras... cualidades? Hay algo aquí que no entiendo. —El rosario de la abuela resonó de nuevo—. Yákov Petróvich escribe que padeces de dos rarezas. ¿Qué rarezas son esas?

Baburin se encogió suavemente de hombros.

—No puedo saber a qué le ha complacido llamar rarezas. Quizá sea que yo..., que no permito los castigos corporales.

Mi abuela se sorprendió.

—¿Es que Yákov Petróvich quiso castigarte?

La cara morena de Baburin enrojeció hasta la raíz.

—Creo que no me ha entendido bien, señora. Tengo por norma no utilizar los castigos corporales... con los campesinos.

Mi abuela se sorprendió más que antes, incluso levantó un poco los brazos.

—¡Ah! —profirió al fin y, ladeando un poco la cabeza, volvió a mirar fijamente a Baburin—. ¿Esa es tu norma? Bueno, me da completamente igual, no te voy a enviar con los dependientes, sino a las oficinas, con los escribientes. ¿Cómo es tu letra?

—Escribo bien, señora, sin faltas de ortografía.

—Eso también me da igual. Lo importante es que sea clara, sin todas esas mayúsculas nuevas con rabitos que no me gustan nada. ¿Y cuál es tu otra

rareza?

Baburin titubeó, se aclaró la voz...

—Quizá... el señor hacendado se permite hacer referencia a que no estoy solo.

—¿Estás casado?

—No, para nada, señora..., pero...

Mi abuela frunció el ceño.

—Conmigo vive una persona... de sexo masculino..., un camarada, un hombre infeliz del que no me he separado..., a ver, creo que este es el décimo año.

—¿Es familiar tuyo?

—No, señora, no es de mi familia, es un camarada. No va a causar ninguna molestia en la casa —se apresuró a añadir Baburin, como si se anticipara a alguna objeción—. Come de mi comida, se instala conmigo en la misma habitación; más bien puede ser útil, puesto que le enseñaron a leer y a escribir, a hablar sin zalamerías, y su moral es completamente ejemplar.

Mi abuela escuchaba a Baburin moviendo un poco los labios y entornando la vista.

—¿Y tú lo mantienes?

—Así es, señora.

—¿Lo haces por piedad?

—Por justicia..., puesto que es obligación de un pobre ayudar a otro pobre.

—¡Vaya! ¡Es la primera vez que oigo algo así! Hasta ahora había pensado que más bien era una obligación de los ricos.

—Me atrevería a añadir que para los ricos es una ocupación..., pero para nuestro hermano...

—Bueno, ya es suficiente, suficiente, está bien —interrumpió mi abuela y, tras pensar un momento, dijo con tono nasal, algo que siempre era una mala señal—: Y ¿cuántos años tiene tu ese..., tu parásito?

—Como yo, señora.

—¿Como tú? Pensaba que era tu pupilo.

—No, no, señora, es mi camarada, además...

—Basta —interrumpió mi abuela por segunda vez—. Así que eres un

filántropo. Yákov Petróvich tiene razón: dada tu condición, es una gran rareza. Y ahora hablemos de nuestros asuntos. Te explicaré cuáles van a ser tus tareas. Y en cuanto a tu salario... *Que faites-vous ici?*—añadió de pronto mi abuela dirigiendo hacia mí su cara seca y amarillenta—. *Allez étudier votre devoir de mythologie.*

Me levanté enseguida, me acerqué un momento a la mano de la abuela y me marché, no a estudiar mitología, sino simplemente al jardín.

El jardín de la hacienda de mi abuela era muy antiguo y grande y por uno de sus lados acababa en un estanque con agua de pie y en el que no solo había carpines y gobios, sino que incluso habían aparecido *salvelinus*, los renombrados *salvelinus* ahora ya casi desaparecidos de todas partes. En la cabecera del estanque había una salceda frondosa; más arriba, a ambos costados de una pendiente, se extendían matas densas de avellano, saúco, madreselvas, endrinos... y en la parte baja habían brotado brezo y apio de monte. Solo en algunos lugares entre los arbustos resaltaban unos claros diminutos de hierba fina y sedosa, color verde esmeralda, y entre la que se asomaban, con su divertida mezcla de sombreritos rosa, lila y pajizo, hongos *russula* achaparrados y se encendían cual manchas claras las bolitas doradas de la «ceguera de gallina». Aquí todas las primaveras cantaban los ruiseñores, silbaban los mirlos, se oía el cucú de los cuclillos; también aquí, en la canícula del verano, se estaba fresco, y me encantaba perderme en esa espesura, entre los arbustos, donde tenía varios lugares favoritos, secretos, que solo yo conocía, ¡al menos eso pensaba! Cuando salí del gabinete de mi abuela, me fui directo a uno de esos lugares, a uno al que yo llamaba Suiza. Pero cuál sería mi sorpresa cuando, ya antes de llegar a mi Suiza, a través del tupido entrelazado de ramas semisecas y verdes vi que alguien más, aparte de mí, ¡la había descubierto! ¡Había una figura larga, larguísima, en ropón amarillo de frisa y gorra en mi sitio favorito! Me acerqué a escondidas un poco más y distinguí una cara completamente desconocida para mí, también alargada, suave, de ojos no muy grandes y enrojecidos y nariz bastante divertida: estirada como una vaina, pendía a la perfección encima de unos labios regordetes; y de vez en cuando estos labios, estremeciéndose y redondeándose, emitían un silbido fino al mismo tiempo que los dedos largos de sus manos huesudas, colocadas una enfrente de la otra en la parte alta del

pecho, se movían ágiles en un movimiento giratorio. Cada cierto tiempo el movimiento de los brazos cesaba, los labios dejaban de silbar y de temblar y la cabeza se inclinaba hacia delante, como si estuviera prestando atención a algún sonido. Me acerqué un poco más, puse más atención... El desconocido tenía una taza pequeña y plana en cada mano, como esas con las que se azuza y se hace cantar a los canarios. Un ramo crujió bajo mi pie; el desconocido se sobresaltó, fijó los ojos pequeños y cortos de vista en la espesura y empezó a retroceder..., pero tropezó con un árbol, soltó un quejido y se paró.

Salí al claro. El desconocido sonrió.

—Hola —dije yo.

—¡Hola, *barchuk*!

No me gustó que me llamara así: «señorito». ¿Qué familiaridad era esa?

—¿Qué hace aquí? —pregunté en tono severo.

—Pues ya ve —respondió sin dejar de sonreír—, invito a los pájaros a cantar. —Me enseñó las tacitas—. ¡Los pinzones responden de maravilla! Dada su juventud y sus pocos años, es obligatorio que se endulce con el canto de las aves. Sírvase escuchar: yo seré el primero en gorjear, y ellos me seguirán, ¡ya verá qué agradable!

Empezó a frotar las tacitas. En efecto, un pinzón respondió desde un serbal cercano. El desconocido se echó a reír en silencio y me hizo un guiño.

Esa risa y su guiño —cada uno de los movimientos del desconocido, su voz silbante y débil, las rodillas encorvadas, los brazos flacos, incluso su gorra y el ropón largo—, todo en él emanaba bondad, algo inocente y divertido.

—¿Hace mucho que ha llegado? —pregunté.

—Hoy.

—¿No será usted el que...?

—¿El señor Baburin ha hablado ya con la *bárynia*? Ah, ese mismo, sí.

—Su camarada se llama Baburin, ¿y usted?

—Punin. Punin es mi apellido, Punin. Él es Baburin y yo, Punin. —Volvió a hacer zumbir las tazas—. Escuche, escuche al pinzón... ¡Qué modulaciones!

De pronto el extravagante me empezó a gustar «terriblemente». Como casi todos los chicos, con gente ajena solía bien azorarme, bien pavonearme,

pero con él era como si nos conociéramos desde siempre.

—Venga conmigo —le dije—, conozco un sitio mejor que este, hay un banquito, podemos sentarnos. Y se ve la presa desde allí.

—Claro, vamos —respondió canturreando mi nuevo amigo. Dejé que fuera delante. Al caminar, se tambaleaba hacia un lado y otro, sacudía los pies y echaba la nuca hacia atrás.

Reparé en que en la parte de atrás del ropón, debajo del cuello, se balanceaba una borla pequeña.

—¿Qué es eso que cuelga ahí? —pregunté.

—¿Dónde? —preguntó él y palpó el cuello—. Ah, ¿la borlita? ¡Deje, deje! Es para adornar, está cosida. No molesta.

Lo guie hasta el banco, me senté; él se hizo un hueco a mi lado.

—¡Se está bien aquí! —dijo e hizo una respiración profunda, profunda—. ¡Ay, qué bien! ¡Tienen un jardín primoroso! Ay, vaya, qué bien.

Lo miré de perfil.

—¡Vaya gorra que tiene! —exclamé sin querer—. Déjeme verla, ande.

—Claro, *barchuk*, claro. —Se quitó la gorra; yo iba a alargar el brazo, pero levanté los ojos y me entró la risa: Punin estaba completamente calvo, no se le veía ni un solo pelo en el cráneo puntiagudo y cubierto de piel tersa y blanca.

Se pasó la palma por el cráneo y también se echó a reír. Cuando se reía parecía que fuera a ahogarse, abría muchísimo la boca, cerraba los ojos, y las arrugas le recorrían la frente de abajo arriba, en tres filas, como olas.

—¿Qué? —dijo al fin—. ¿Verdad que es un auténtico huevo?

—¡Un huevo, un auténtico huevo! —repetí yo entusiasmado—. ¿Y hace mucho que es así?

—Mucho, pero ¡qué pelo tenía! Un vellón de oro semejante a aquel por el que los argonautas cruzaron los abismos marinos.

Aunque solo tenía doce años, por gracia de mis tareas sobre mitología sabía quiénes eran los argonautas; razón de más para que me sorprendiera al oír esa palabra en labios de una persona que por poco no iba vestida con andrajos.

—Entonces, ¿ha estudiado usted mitología? —pregunté mientras daba vueltas a la gorra, que resultó estar forrada de guata, con la banda de piel

levantada y la visera de cartón rajada.

—También he estudiado esa disciplina, mi querido señorito. ¡Mi vida ha tenido bastante de todo! Y ahora haga el favor de devolverme mi tapadera, es lo que usa la desnudez de mi cabeza para defenderse.

Se caló bien la gorra y, encorvando las cejas blanquecinas, me preguntó quién era yo en realidad y quiénes eran mis padres.

—Soy el nieto de la propietaria —respondí yo—. Solo la tengo a ella. Mi padre y mi madre murieron.

Punin se santiguó.

—Que el Señor los tenga en su gloria. Así que eres huérfano; bueno, y heredero. Ahora veo la sangre noble, corre así por los ojitos... y juega..., zzz..., zzz..., zzz..., zzz... —Representó con los dedos cómo jugaba la sangre—. Bueno, ¿y no sabrá, señor mío, si se ha entendido bien mi camarada con su abuela, si ha conseguido el lugar que le habían prometido?

—No, eso no lo sé.

Punin dejó escapar un graznido.

—Vaya, ¡estaría bien colocarse aquí! ¡Aunque fuera por un tiempo! Si no, vas de peregrinación en peregrinación, no encuentras abrigo, las preocupaciones cotidianas no se acaban nunca, el alma se confunde...

—Dígame —lo interrumpí yo—, ¿es usted de los eclesiásticos?

Punin se giró hacia mí y entornó los ojos.

—¿Y a qué debemos esa pregunta, mi querido niño?

—Habla usted como... Así es como recitan en la iglesia.

—¿Porque uso locuciones eslavas? Pero eso no debe sorprenderlo. Supongamos que en una conversación habitual no siempre son oportunas semejantes locuciones, pero en cuanto el espíritu se enciende, también surge el estilo elevado. Esto se lo habrá enseñado su maestro, su profesor de literatura rusa, porque le enseñan literatura rusa, ¿no?, ¿de veras no se lo ha explicado?

—No, no me lo ha explicado —respondí yo—. No tengo maestro mientras vivimos en la aldea. En Moscú sí tengo muchos.

—¿Y va a quedarse mucho tiempo en la aldea?

—Unos dos meses, no más. Mi abuela dice que aquí me entretengo. Aquí está conmigo la institutriz.

—¿Francesa?

—Sí.

Punin se rascó detrás de la oreja.

—En otras palabras, una *madmuasel*.

—Sí, se llama *mademoiselle* Fricke. —De pronto me pareció algo vergonzoso que yo, un chico de doce años, no tuviera un preceptor, sino una institutriz, ¡igual que una niña!—. Pero no le hago caso —añadí con desprecio—. Me da igual lo que diga.

Punin meneó la cabeza.

—Ay, nobles, nobles... ¡A los extranjeros queréis el doble! Lo ruso evitáis, a lo ajeno pleitesía rendís, a los extranjeros os dirigís...

—¿Qué ha sido eso? ¿Habla en verso? —pregunté.

—¿Y usted qué opina? Puedo siempre y cuanto quiera, y si es que mi naturaleza lo prefiera...

Pero en ese mismo instante se oyó en todo el jardín, por detrás de nosotros, un silbido fuerte y estridente. Mi interlocutor se levantó presto del banco.

—Va a tener que disculparme, *barchuk*, pero mi camarada me llama, me está buscando... ¿Querrá decirme algo? Perdone... y a mal no se lo tome...

Se coló entre los arbustos y desapareció; yo me quedé otro rato en el banco. Me sentía indeciso, pero también había otro sentimiento más, uno bastante agradable... Nunca antes había conocido o hablado con una persona así. Me fui entregando a los sueños..., pero entonces me acordé de la mitología y eché a andar despacito en dirección a la casa.

En casa me enteré de que la abuela se había entendido con Baburin: le asignaron una habitación no muy grande en la isba de servicio, en la zona de las caballerizas. Enseguida se instaló allí con su camarada.

A la mañana siguiente, después de tomarme el té y sin pedir permiso a *mademoiselle* Fricke, me fui a la isba de servicio. Quería charlar otra vez con el extravagante del día anterior. Sin llamar a la puerta —no teníamos ni habíamos tenido nunca esa costumbre en nuestra casa—, entré en la habitación. Y me encontré en ella no a quien andaba buscando, no a Punin, sino a su protector, al filántropo Baburin. Estaba delante de la ventana,

desnudo de cintura para arriba y, con las piernas bien separadas, se secaba a conciencia la cabeza y el cuello con una toalla alargada.

—¿Qué necesita? —dijo sin bajar los brazos, con el ceño fruncido.

—¿No está Punin? —pregunté yo de la manera más descarada y sin quitarme el gorro.

—El señor Nikandr Vavílych Punin no está en este momento —respondió Baburin sin prisa alguna—, pero permítame que le haga una observación, joven: ¿acaso le parece adecuado entrar así, sin preguntar, en una habitación ajena?

¿Joven? ¿A mí? ¿Cómo se atrevía...? Monté en cólera.

—Supongo que no me conoce —dije yo ya no con descaro, sino arrogante—, soy el nieto de la *bárynia*.

—Es lo mismo —replicó Baburin, de nuevo ocupado con la toalla—. Por mucho que sea el nieto de la señora, no tiene derecho a entrar en una habitación ajena.

—¿Cómo que ajena? ¿Qué dice? Aquí estoy en mi casa en todas partes.

—No, perdone, quien está aquí en casa soy yo, porque me han asignado esta habitación en las condiciones de..., por mi empleo.

—Haga el favor de no darme lecciones —lo interrumpí yo—, sé mejor que usted que...

—Es imprescindible darle lecciones —me interrumpió él a su vez—, porque está en una edad... Conozco mis obligaciones, pero también conozco muy bien mis derechos y si va a continuar hablando conmigo en ese tono, entonces tendré que pedirle que salga de aquí...

Ignoro cómo habría acabado nuestro altercado si en ese momento no hubiera entrado, sacudiendo los pies y balanceándose de un lado a otro, Punin. Es probable que adivinara en nuestra expresión que entre nosotros ocurría algo malo, y enseguida se dirigió a mí con unas manifestaciones de alegría de lo más amables.

—¡Ah, *barchuk*, señorito —exclamó agitando los brazos a diestro y siniestro y soltando su risa insonora—, amigo mío! ¡Si has venido a visitarme! ¡Has venido, amigo mío! («¿Qué es todo esto? —pensé yo—. ¿Será verdad que me está hablando de “tú”?»). Hale, vamos, vamos al jardín. He encontrado algo... ¡¿Qué haces ahí parado con este calor?! Vamos.

Me fui detrás de Punin, sin embargo en el umbral consideré necesario girarme y lanzar una mirada desafiante a Baburin. ¡Y que se enterara de que no me daba miedo!

Él me respondió de la misma manera y hasta soltó un bufido a la toalla, imagino que para que yo pudiera sentir bien hasta qué punto me despreciaba.

—¡Vaya insolente que está hecho su amigo! —le dije a Punin en cuanto la puerta se cerró detrás de mí.

Punin volvió hacia mí su cara regordeta poco menos que asustada.

—¿De quién estás hablando así? —preguntó con la cara desencajada.

—Pues de él, claro..., ¿cómo lo llama usted? De ese..., de Baburin.

—¿Paramón Semiónovich?

—Sí, creo..., de ese moreno que...

—Pero..., pero... —dijo Punin con un reproche cariñoso—. ¿Cómo puede hablar así, *barchuk*? Paramón Semiónych² es un hombre dignísimo, de costumbres muy rigurosas, que se sale de toda regla. Bueno, cierto es que no se deja ofender, porque... conoce su valía. Este hombre posee muchísimos conocimientos..., se merece un puesto más alto. Hay que tratarlo, mi querido amigo, con cortesía, y es que... —Punin se inclinó y me habló al oído— ¡es republicano!

Me quedé mirando fijamente a Punin. Algo así no me lo esperaba. Por el manual de Kaidánov³ y por otras obras de historia estaba enterado de que en tiempos, antiguamente, habían existido los republicanos, en Grecia y en Roma, y por alguna razón me los imaginaba a todos ellos con casco, con un escudo redondo en las manos y piernas grandes y desnudas; pero que en la actualidad, en el presente y, sobre todo, en Rusia, en el gobierno de *** pudieran encontrarse republicanos era algo que se escapaba de mi entendimiento, ¡me desconcertaba por completo!

—Así es, amigo mío, Paramón Semiónych es republicano —repitió Punin—, y, en adelante, ya sabe cómo tiene que referirse a una persona así. Y, ahora, ande, vamos al jardín. ¡No se imagina lo que me he encontrado! ¡Un huevo de cuco en un nido de un colirrojo! ¡Qué maravilla!

Salí al jardín con Punin, pero mentalmente no hacía sino repetir y repetir: «¡Republicano! ¡Re... pu... blicano!».

«Eso es —decidí al fin—, ¡por eso su barba es tan azul!».

Mi relación para con estas dos personas —Punin y Baburin— se formó definitivamente ese mismo día. Baburin había despertado en mí un sentimiento hostil que al poco tiempo se mezclaría con algo parecido al respeto. ¡Y también le tenía miedo! No dejé de tenérselo ni siquiera cuando en su trato conmigo desapareció su brusca severidad de antes. A Punin no le tenía miedo, desde luego; ni siquiera lo respetaba, lo tomaba —hablando sin rodeos— por un bufón, ¡pero lo quería con toda el alma! Pasar horas y horas en su compañía, estar a solas con él, escuchar sus relatos, todo esto era un auténtico placer para mí. A mi abuela no le gustaba mucho esa *intimité* con un hombre del «vulgo», «*du commun*», pero yo, en cuanto conseguía escaparme, salía corriendo a ver a mi querido amigo, tan extraño y divertido. Nuestros encuentros se hicieron especialmente habituales después de la marcha de *mademoiselle* Fricke, a quien la abuela envió de regreso a Moscú como castigo por no haber tenido otra idea que quejarse a un capitán ayudante del ejército que estaba de paso del aburrimiento que reinaba en nuestra casa. Y a Punin, por su parte, no lo agotaban las largas conversaciones con un muchacho de doce años, parecía buscarlas también. Cuántas veces habré llegado a escuchar sus relatos, sentados juntos en alguna sombra olorosa, en la hierba seca y lisa, debajo de un tejadillo de álamos plateados o en las junqueras junto al estanque, en la arena gruesa y húmeda de la orilla desmoronada y en la que, extrañamente entrelazadas, como enormes venas negras, como serpientes, como originarias de un reino subterráneo, ¡sobresalían raíces nudosas! Punin me contó su vida al detalle, todos sus momentos felices e infelices con los que yo siempre simpatiqué de corazón. Su padre había sido diácono, «un hombre admirable, sin embargo severo hasta la saciedad cuando empinaba».

El propio Punin había estudiado en un seminario, pero como no soportaba las «azotadas» ni sentía en su interior disposición por el estado eclesial, se hizo seglar, con lo que pasó todo tipo de calamidades y acabó convirtiéndose en vagabundo. «Y de no haberme cruzado con mi benefactor Paramón Semiónych —solía añadir Punin (no nombraba a Baburin de ninguna otra manera)—, ¡estaría hundido en una ciénaga de desgracias, excesos y vicios!». A Punin le gustaban las expresiones solemnes, y si no a la mentira, sí tenía una fuerte propensión a la inventiva y a la exageración; con todo se sorprendía, con todo se entusiasmaba... Y yo, imitándolo, también tomé el

camino de la exageración y del entusiasmo. «Pero qué endemoniado te has vuelto, habría que rebautizarte», me decía mi anciana niñera. Las historias de Punin me interesaban extraordinariamente, pero más incluso que sus historias me gustaban las lecturas que hacíamos juntos. Es imposible transmitir el sentimiento que experimentaba cuando, atrapando el momento oportuno, de repente, como un ermitaño de cuento o un espíritu bueno, aparecía ante mí con un libro muy pesado bajo el brazo y, señalando a hurtadillas con un dedo largo y curvo y haciéndome un guiño misterioso, hacía un gesto con la cabeza, con las cejas, con los hombros, con todo el cuerpo: vamos dentro, a la espesura, allí donde nadie podía internarse detrás de nosotros y donde era imposible que nos encontraran. Y ahí estamos, hemos conseguido marcharnos y pasar inadvertidos, hemos llegado bien hasta uno de nuestros sitios secretos; nos sentamos el uno junto al otro y el libro ya empieza a abrirse despacio, emanando un olor intenso, que en esa época me agradaba inexplicablemente, a moho y vejez. Con qué temblores, con qué emoción por la expectación, en completo silencio, miro la cara, los labios de Punin, esos labios de los que salen..., ahí están..., ¡las dulces palabras! ¡Al fin se oyen los primeros sonidos de la lectura! Alrededor, todo desaparece..., no, no desaparece, sino que se vuelve lejano, se envuelve en humo y deja tras de sí solo la impresión de algo afectuoso y protector. Los árboles, las hojas verdes y la hierba alta nos cubrían, nos refugiaban del resto del mundo; nadie sabía dónde estábamos, qué éramos..., pero con nosotros estaba la poesía, nos empapábamos, nos embriagábamos con ella, dentro de nosotros tenía lugar algo importante, grande, misterioso... Punin se aferraba preferiblemente a los versos, a los versos sonoros, estruendosos; ¡estaba dispuesto a entregar el alma por ellos! Él no los leía, él los voceaba solemne, cambiando de un tono a otro, estrepitosamente, con voz nasal, como borracho, como exaltado, ¡como la Pitia! Y también acostumbraba a hacer esto otro: primero leía los versos en un zumbido bajo, a media voz, cual murmullo... Lo llamaba «lectura en borrador»; después empezaban a retumbar esos mismos versos en limpio y, de pronto, se levantaba bruscamente, levantaba los brazos, con un estilo entre oracional e imperativo... Así leí con él no solo a Lomonósov, Sumarókov y Cantemir (cuanto más antiguos eran los poemas, más eran del gusto de Punin), sino incluso ¡la *Rossiada* de Jeráskov! Y, siendo sinceros, esta, la *Rossiada*, me encantó especialmente. Aquí, por cierto, actúa una tártara valiente, la gigante-heroína; ahora he olvidado su nombre, pero

entonces ¡sentía frío en las manos y los pies en cuanto se mencionaba! «Así es —solía decir Punin asintiendo con la cabeza significativamente—, Jeráskov... no levanta la mano. A veces te ofrece un verso tal..., te quita el aliento..., ¡lo único que puedes hacer es aguantar el golpe! Tú lo que quieres es comprenderlo, pero él, míralo, por ahí va, trompetea, trompetea... ¡como un címbalo! Sin embargo, un nombre se le ha otorgado, una sola palabra: ¡Jerrráskov!». A Lomonósov Punin le reprochaba su estilo demasiado simple y libre, mientras que a Derzhavin se refería casi con hostilidad, decía que era más cortesano que poeta. En nuestra casa no solo no se prestaba ninguna atención a la literatura, a la poesía, sino que incluso se tenía a los versos, en especial a los versos rusos, por algo completamente indecente y de mal gusto. La abuela ni siquiera los llamaba poemas, sino «cantos»; todo compositor de cantos era, en su opinión, o bien un borracho amargado o bien un tonto de remate. Educado entre semejantes ideas, era inevitable que o bien le diera la espalda a Punin con repugnancia —que, además, era desaseado y descuidado, algo que también ofendía a mis costumbres de *barin*—, o que, entregado y rendido ante él, siguiera su ejemplo, me contagiara de su manía versificadora... Y así fue. Yo también empecé a leer versos o, como lo expresaba mi abuela, a declamar cantos... Incluso intenté escribir alguno, uno en el que describía un organillo y en el que se encontraban estos dos versos:

*Y ahí gira el grueso cilindro,
sus dientes castañetean...*

Punin dio el visto bueno a cierto onomatopeyismo en la descripción, pero el tema en sí lo reprobó por bajo e indigno del tintineo de la lira.

¡Ay! Todos esos intentos, emociones y entusiasmos, nuestras lecturas apartadas, nuestra vida de dos, nuestra poesía, todo terminó de un tirón. Como el golpe de un trueno, así de repentina se desplomó sobre nosotros la desgracia.

A mi abuela le gustaban la limpieza y el orden en todo, era ni más ni menos como los generales cumplidores de entonces. Y limpio y ordenado debía mantenerse también nuestro jardín. Y por eso de trecho en trecho en él «agolpaban» a campesinos sin tierra ni familia, de los libres de cargas y

tributos, siervos no inscritos o caídos en desgracia, y los hacían limpiar caminos, desbrozar linderos, cribar y mullir la tierra bajo los cuadros de flores, etcétera. Pues una vez, en pleno apogeo de uno de esos agolpamientos, mi abuela salió al jardín y me llevó con ella. En todas partes, entre los árboles, por los prados, se veían camisolas blancas, rojas, grises; en todas partes se oían los crujidos y rechinos de las palas rascando, los golpes secos de los terrones contra los cedazos atravesados. Al pasar junto a los trabajadores, la vista de águila de mi abuela enseguida reparó en que uno de ellos se esmeraba menos que los demás y en que se había quitado el gorro como sin ganas. Era un muchacho todavía muy joven con la cara chupada y ojos hundidos y sin luz. El caftán de nanquín, todo rasgado y remendado, apenas resistía sobre sus hombros estrechos.

—¿Quién es ese? —preguntó la abuela a Filíppych, que andaba de puntillas detrás de ella.

—¿A quién...? ¿Cómo, disculpe? —balbuceó Filíppych.

—¡Ay, qué tonto! Ese, el que me ha mirado con ojos de lobo. El que está ahí parado, sin trabajar.

—Ah, ese, señora, sí, claro, señora... Es..., es Yermil, el hijo del difunto Pável Afanásiev.

Este Pável Afanásiev había sido unos diez años antes el maestresala de mi abuela y había gozado de una especial simpatía por parte de ella; pero, tras caer repentinamente en desgracia, igual de repentina fue su conversión en pastor y vaquerizo, pero aquí tampoco resistió, siguió bajando y bajando y finalmente acabó con un *pud*⁴ de harina al mes en una isba sin chimenea de una aldea lejos de todo que tenía mi abuela, donde murió de parálisis dejando a su familia en la mayor de las pobrezaas.

—¡Ajá! —dijo mi abuela—. Ya se ve que la manzana no cae lejos del árbol. Bueno, habrá que disponer también de él. No necesito a estos que van mirando con el ceño fruncido.

La abuela regresó a casa, y dispuso. Unas tres horas más tarde condujeron a Yermil, completamente «equipado», debajo de la ventana de su gabinete. El infeliz mozo marchaba deportado a algún asentamiento; al otro lado de la tapia, a varios pasos de él, se veía una pequeña telega campesina cargada con sus pobres bártulos. ¡Así eran aquellos tiempos! Yermil estaba sin gorro, la cabeza gacha, descalzo, las botas atadas con una cuerda y echadas a la

espalda; su cara, vuelta hacia la casa señorial, no expresaba ni desesperación ni pesar, ni siquiera asombro; una sonrisa torpona se le había quedado congelada en los labios descoloridos; los ojos, secos y encogidos, se obstinaban en mirar al suelo. Informaron a la abuela. Esta se levantó del diván, se acercó a la ventana del gabinete —su vestido de seda sonó ligeramente— y, apoyándose en el entrecejo unos impertinentes de oro, observó al nuevo desterrado. En el gabinete, aparte de ella, estábamos en ese momento cuatro personas: el mayordomo, Baburin, el criado joven de servicio ese día y yo.

La abuela movió la cabeza de arriba abajo...

—Señora —de pronto se oyó una voz ronca, casi apagada. Yo me di la vuelta. La cara de Baburin había enrojecido..., enrojecido hasta volverse oscura; por debajo del ceño fruncido aparecieron unos puntitos claros, intensos... No había duda, había sido él, había sido Baburin quien pronunciara la palabra «Señora».

La abuela también se había dado la vuelta y trasladado sus impertinentes desde Yermil hasta Baburin.

—¿Quién ha..., quién ha hablado? —dijo despacio... con voz nasal. Baburin se inclinó ligeramente hacia delante.

—Señora —empezó—, yo..., yo me he decidido. He considerado... Oso informarle de que en vano tiene a bien proceder así..., como ahora ha tenido a bien proceder.

—¿Es decir? —preguntó mi abuela con la misma voz y sin apartar los impertinentes.

—Tengo el honor... —continuó Baburin con precisión, aunque pronunciando cada palabra con visible esfuerzo—, hablo a propósito del mozo que envía deportado... sin ninguna culpa por su parte. Tales disposiciones, me atrevo a añadir, solo conducen al descontento... y a otras consecuencias dañinas, ¡Dios nos libre de ellas!, y su esencia no es otra que el exceso de la autoridad dada a los señores terratenientes.

—¿Dónde..., dónde has estudiado? —preguntó la abuela después de un breve silencio, apartando los impertinentes.

Baburin se quedó perplejo.

—¿Disculpe, señora? —farfulló.

—Te pregunto que dónde has estudiado. Utilizas unas palabras muy

revesadas.

—Yo..., mi educación... —empezó Baburin.

La abuela se encogió de hombros con desprecio.

—Así pues, no te gustan mis disposiciones —lo interrumpió—. Me es completamente indiferente, tengo poder sobre mis súbditos y no respondo ante nadie por eso. Pero no estoy acostumbrada a que se hagan deliberaciones en mi presencia o a que nadie se inmiscuya en asuntos de otros. No necesito filántropos sabios de origen plebeyo, lo que necesito son criados que no sean respondones. Así he vivido antes de que tú llegaras, y así voy a vivir después de ti. No me sirves, estás despedida. Nikolái Antónov —la abuela se dirigió al mayordomo—, haz cuentas con este hombre y que se vaya, para la hora de la comida no lo quiero aquí. ¿Me has oído? No hagas que me enfade. Y a ese otro..., al parásito tonto lo mandas con él. ¿A qué espera Yermil? —añadió ella mirando de nuevo por la ventana—. Ya lo he examinado, ¿qué más quiere? —La abuela sacudió el pañuelo en dirección a la ventana, como el que espanta a una mosca pesada. Después se sentó en el sillón y, volviéndose a nosotros, dijo malhumorada—: ¡Quiero a toda la gente fuera de aquí!

Nos retiramos todos..., todos, excepto el criado de servicio, al que no atañían las palabras de mi abuela, puesto que él no era «gente».

La orden de mi abuela se cumplió con exactitud. Para la hora de la comida Baburin y mi amigo Punin habían salido de la hacienda. No voy a ponerme a describir mi pena, mi desesperación sincera, realmente infantil. Era tan fuerte que llegó a ahogar el sentimiento de reverencial asombro que había aflorado en mí ante la valiente ocurrencia del republicano Baburin. Nada más acabar la conversación con mi abuela, se marchó a su habitación y empezó a recoger sus cosas. A mí no me concedió ni una palabra ni una mirada, aunque todo el rato rondaba a su alrededor, bueno, en realidad, alrededor de Punin. Este estaba completamente perdido y tampoco hablaba, sin embargo no paraba de mirarme y en sus ojos había lágrimas... siempre las mismas: ni se derramaban ni se secaban. No se atrevía a juzgar a su «benefactor» —era imposible que Paramón Semiónych cometiera error alguno—, pero estaba lánguido y triste. Como despedida, Punin y yo hicimos un intento de leer algo de la *Rossiada*, incluso nos encerramos en la despensa —ni pensar en ir al jardín, claro—, pero en el primer verso nos quedamos cortados los dos y yo me deshice en llantos, mugía como un ternero, a

pesar de mis doce años y de mis pretensiones de ser mayor. Ya subido en la calesa, Baburin al fin me habló y, suavizando un poco la habitual severidad de su rostro, dijo: «Una lección para usted, joven señor: no olvide lo sucedido hoy y, cuando sea mayor, intente dar fin a estas injusticias. Tiene un buen corazón, y su carácter todavía no se ha echado a perder... Cuídese..., ¡así no se puede seguir!». Entre las lágrimas que me caían a chorros por la nariz, por los labios y la barbilla, balbuceé que lo haría, que no lo olvidaría, que lo prometía, así lo haría... seguro... seguro...

Pero entonces de Punin, al que le había dado ya unos veinte abrazos (me ardían las mejillas por el roce de su barba sin afeitar y estaba todo impregnado de su olor), entonces de Punin se apoderó un inesperado frenesí. Subió de un salto al asiento de la calesa, levantó ambos brazos y, con voz atronadora (¡de dónde la habría sacado!), empezó a declamar el conocido relato del Salmo de David de Derzhavin,⁵ por esta vez poeta, y no cortesano:

*¡Rebélate, Dios todopoderoso! ¡Y juzga
a toda la pléyade de dioses de la tierra!
¿Hasta cuándo, dinos, hasta cuándo
va a seguir apiadándose de pecadores
malvados? Su deber: preservar la ley...*

—¡Siéntate! —le dijo Baburin.

Punin se sentó, pero siguió:

*Su deber — salvar en la desgracia
a los inocentes, dar un techo a los infelices,
defender a los débiles ante los fuertes...*

En la palabra «fuertes» Punin indicó con el dedo la casa señorial y, después, lo clavó en el cochero sentado en el pescante:

*¡Arrancar a los pobres las cadenas!
¡No atienden! Ven, pero no saben...*

Nikolái Antónov llegó corriendo desde la casa señorial y empezó a decir a voz en grito al cochero: «¡Muévete, papanatas! ¡Vamos!, ¿qué haces ahí con la boca abierta?», y la calesa echó a rodar. A lo lejos todavía se oía:

*¡Resucita, Dios, Señor de los justos!...
Ven, juzga y castiga a los malvados,
¡y sé el único zar sobre la tierra!*

—¡Qué bufón! —observó Nikolái Antónov.

—No le dieron latigazos suficientes de joven —añadió el diácono haciendo su aparición en el porche. Había venido a enterarse de a qué hora deseaba la *bárynia* fijar las vísperas.

Ese mismo día, al enterarme de que Yermil estaba todavía en la aldea y de que solo al día siguiente, temprano en la mañana, lo acompañarían a la ciudad para cumplir con las consabidas formalidades legales que, aun teniendo como objetivo limitar el abuso de los terratenientes, servían solo como fuente de beneficios añadidos para las autoridades, pues ese mismo día lo busqué y, a falta de dinero propio, le entregué un hatillo en el que había liado dos pañuelos, un par de borceguíes destaconados, un peine, un camisón viejo y una corbata de seda nuevecita. Yermil, al que hube de despertar —estaba echado en la parte de atrás de un patio, al lado de la telega, sobre un brazado de paja—, aceptó mi regalo con bastante indiferencia y no sin cierta vacilación, no me dio las gracias y, al momento, apoyó la cabeza en la paja y volvió a quedarse dormido. Me marché de allí un poco decepcionado. Había imaginado que se sorprendería y se alegraría con mi visita, que vería en ella la garantía de mis magnánimas intenciones futuras y, en lugar de eso...

«Digan lo que digan, esta gente no tiene sentimientos», reflexionaba yo en el camino de vuelta.

La abuela, que por alguna razón me había dejado tranquilo todo ese día inolvidable para mí, me observó con desconfianza cuando me despedí de ella después de cenar.

—Tiene los ojos rojos —observó en francés—, y huele a isba. No voy a entrar a investigar y juzgar sus sentimientos y ocupaciones, no desearía verme obligada a castigarlo, pero espero que se olvide de todas esas tonterías y vuelva a comportarse como debe hacerlo un muchacho noble. Además, regresaremos a Moscú pronto y le buscaré un preceptor, veo que se necesita una mano masculina para hacerse con usted. Fuera.

Y, en efecto, regresamos a Moscú enseguida.

II. AÑO 1837

Pasaron siete años. Como antes, vivíamos en Moscú, pero yo ya era estudiante de segundo curso y la autoridad de la abuela, que había envejecido notablemente en los últimos años, no era ninguna carga para mí. De entre todos mis camaradas, tenía un trato especialmente cercano con un chico alegre y bondadoso llamado Tárjov. Nuestras costumbres, nuestros gustos coincidieron. Tárjov era un gran aficionado a la poesía y él mismo escribía versos de vez en cuando; en mí no se habían perdido las semillas que Punin sembrara. Entre nosotros, como suele suceder entre los jóvenes tan cercanos, no había secretos. Pero he aquí que en el curso de varios días empecé a notar en Tárjov cierta animación y alarma... Podía perderse durante horas y yo no sabía dónde, ¡algo que nunca antes había pasado! Ya me disponía a exigirle, en nombre de la amistad, una confesión completa..., cuando él mismo me avisó.

Una vez que estaba en su habitación.

—Petia —empezó de pronto enrojando divertido y mirándome directamente a los ojos—, tengo que presentarte a mi Musa.

—¿A tu musa? ¡Qué forma de expresarte tan rara! ¡Igual que un clásico! (El Romanticismo se encontraba entonces, en 1837, en pleno apogeo). ¿Es que acaso no la conozco desde hace tiempo, a ella, a tu musa? ¿O has escrito algún poema nuevo?

—No me has entendido —replicó Tárjov, que seguía rojo y sonriendo—. Voy a presentarte a una Musa viva.

—¡Ah! ¡Ahora sí! Pero ¿por qué es tuya?

—Pues porque... Espera, me parece que viene.

Se oyó el golpeteo suave de unos tacones ligeros, la puerta se abrió de par

en par y en el umbral apareció una muchacha de unos dieciocho años en un vestido colorido de percal, con una mantilla negra de paño sobre los hombros, con un sombrero negro de paja en el pelo claro, un poco ahuecado. Al verme, se asustó y sintió vergüenza, retrocedió..., pero enseguida Tárjov se levantó para recibirla.

—Por favor, Muza Pávlovna, por favor, pase, es mi inseparable amigo, una persona bellísima y tranquila como ninguna. No hay nada que temer. Petia —se dirigió a mí—, te presento a mi Musa, Muza Pávlovna Vinográdova, una buena amiga.

Hice una ligera inclinación con la cabeza.

—Pero, entonces... ¿Muza? —empecé yo.

Tárjov se echó a reír.

—¿No sabías que este nombre aparece en el santoral? Yo, amigo mío, tampoco lo sabía hasta que conocí a esta linda señorita. ¡Muza! ¡Qué nombre tan encantador! ¡Y qué bien le va!

Por segunda vez me incliné ante la conocida de mi amigo. Esta se apartó de la puerta, dio un par de pasos y se detuvo. Era muy agraciada, pero no pude estar de acuerdo con la opinión de Tárjov e incluso pensé: «¡Qué va a ser una musa!».

Los rasgos de su cara rosada y redondita eran finos y lisos; su figura minúscula y esbelta emanaba juventud fresca y animosa; pero por entonces yo —y no solo yo, ¡todos los jóvenes!— me figuraba a la musa, a la personificación de la musa, ¡de una forma bien diferente! Ante todo, ¡la musa debe tener el pelo negro y la piel pálida! Una expresión entre despreciativa y orgullosa, sonrisa maliciosa y mordaz, mirada inspiradora y un «algo», un algo misterioso, demoniaco, fatal, sin todo esto no podíamos imaginarnos a una musa, a la musa de Byron, soberano entonces de los pensamientos humanos. Y en el rostro de la muchacha recién llegada no percibí nada que se le pareciera. De haber sido en esa época más mayor y experimentado, imagino que habría prestado más atención a sus ojos, pequeños, profundos, de párpados hinchados, y negros como el azabache, vivos y claros, algo poco usual entre la gente rubia. No habría descubierto disposición poética en su mirada apresurada, como resbaladiza, sino señales de un alma apasionada, apasionada hasta olvidarse de sí misma... Pero entonces era demasiado joven.

Le tendí la mano a Muza Pávlovna, ella no me ofreció la suya, no se dio cuenta de mi movimiento; se sentó en la silla que le había acercado Tárjov, pero no se quitó ni la mantilla ni el sombrero.

Por lo visto, no se sentía cómoda: mi presencia la cohibía. Su respiración era irregular y prolongada, como si estuviera acumulando aire en su interior.

—He venido a verlo un momentito, Vladímir Nikoláich —empezó ella, su voz era muy baja y profunda, torácica; resultaba un poco extraña en sus labios encarnados, casi infantiles—, pero no ha habido manera de que *madame* me haya dejado libre más de media hora. Como anteayer usted no se sentía bien... he pensado...

Se quedó cortada, agachó la cabeza. Sus ojos oscuros, cubiertos de cejas espesas y bajas, corrían de acá para allá, inalcanzables. En el calor del verano, entre tallos de hierba seca, pueden encontrarse escarabajos pequeñitos igual de oscuros, de ágiles y brillantes.

—Pero ¡qué encantadora es usted, Muza, Múzochka! —exclamó Tárjov—. Pero quédese, quédese un poco... Prepararemos el samovar.

—Huy, no, Vladímir Nikoláievich, ¡qué dice! Si me tengo que ir ya.

—Descanse al menos un poco. Está sofocada... Cansada.

—No estoy cansada. Yo..., no es eso... Solo deme... Déjeme otro libro, este ya lo he leído. —Sacó del bolsillo un librito gris y gastado de una edición moscovita.

—Claro que sí. Y, dígame, ¿le ha gustado?... *Roslavliov*⁶ —me explicó Tárjov.

—Sí, aunque me parece que *Yuri Miloslavski* es bastante mejor. *Madame* es muy severa en cuanto a libros. Dice que molestan para trabajar. Por eso, según sus ideas...

—Pero si *Yuri Miloslavski* no tiene nada que envidiar a *Los gitanos* de Pushkin, ¿verdad, Muza Pávlovna? —interrumpió Tárjov sonriendo.

—¡Claro que no! *Los gitanos*... —repitió ella haciendo varias pausas—. Ah, sí, una cosa más, Vladímir Nikoláich, mañana no venga a... donde usted sabe.

—Pero ¿por qué?

—No puede.

—¿Por qué?

La muchacha se encogió de hombros y, de golpe, como si la hubieran empujado, se levantó de la silla.

—¿Dónde se va, Muza? ¡Múzochka! —casi aulló Tárjov, lastimero—. ¡Quédese un poco más!

—No, no puedo, no. —Se acercó ágil a la puerta, agarró el tirador...

—¡Al menos llévese un libro!

—En otra ocasión.

Tárjov se acercó rápidamente a la muchacha, pero esta se escabulló al instante. Y él no se dio de bruces contra la puerta por poco.

—¡Cómo es! ¡Una auténtica lagartija! —dijo no sin cierto enfado, pero después se sumió en sus pensamientos.

Yo me quedé con él. Necesitaba saber qué significaba todo eso. Tárjov no se anduvo con disimulos. Me contó que la muchacha era una burguesita, una costurera, a la que había visto por primera vez unas tres semanas antes en una tienda de modas, donde había entrado a encargarse un gorrito de parte de su hermana, que vivía en provincias, y que se había enamorado nada más verla y que al día siguiente consiguió hablar con ella en la calle. Y que parecía que a ella no le resultaba indiferente.

—Pero, por favor, no vayas a pensar... —añadió con ardor—, no te imagines nada malo de ella. Al menos todavía no ha habido entre nosotros nada que...

—No sospecho nada malo —repetí yo—, tampoco sospecho que lo lamentos de verdad, amigo. Aguanta, todo se arreglará.

—¡Eso espero! —dijo Tárjov riéndose, aunque sin ganas—. Pero, en verdad te digo, hermano, que esa muchacha... A ti sí puedo decírtelo, es de una especie, ¿sabes?, de las nuevas. No has tenido tiempo de verla bien. Es silvestre, huy, sí, ¡silvestre! ¡Y tiene carácter! ¡No veas qué carácter! Por cierto que me gusta que sea salvaje. ¡Es signo de independencia! Ay, amigo mío, ¡creo que me ha hecho perder la cabeza!

Tárjov se puso a hablar y a hablar de su «objeto» e incluso me leyó el inicio de un poema titulado «Mi Muza». Sus efusiones amorosas no fueron de mi gusto. En secreto, le tenía envidia. Me marché pronto.

Pocos días después dio la casualidad de que tuve que acercarme a una de

las hileras de la plaza del mercado. Era sábado, había un mar de compradores; por todas partes, entre atropellos y apreturas, resonaban los pregoneos de los dependientes. Una vez hube comprado lo que necesitaba, solo pensaba en encontrar la forma de librarme cuanto antes de su importuna insistencia, cuando, de pronto, me paré... sin quererlo: en una de las tiendecitas de fruta había visto a la conocida de mi amigo, a Muza, a Muza Pávlovna. Estaba de costado a mí y parecía esperar algo. Tras una pequeña vacilación, decidí acercarme y hablar con ella. Pero no me había dado tiempo a cruzar el umbral de la tienda y a quitarme la gorra, cuando ella se echó hacia atrás y, girándose con agilidad hacia el viejecillo en capote de frisa al que el tendero estaba pesando una libra de pasas, lo agarró del brazo, como si se valiera de él para defenderse. Este, a su vez, giró la cara hacia ella y... ¡ya podrán imaginarse mi asombro! ¿A quién reconocí? ¡A Punin!

Sí, era él, eran sus ojos inflamados, sus labios regordetes, su nariz suave en pendiente. Había cambiado yo diría que poco en esos siete años, quizá estuviera un poco más obeso.

—¡Nikandr Vavílych! —exclamé—. ¿No me reconoce?

Punin se animó un poco, abrió la boca, me miró fijamente...

—No tengo el honor... —empezó y, de pronto, pio—: ¡El *barchuk* de Tróitskoie! (La hacienda de mi abuela se llamaba así, Tróitskoie). ¿Será posible que sea el *barchuk* de Tróitskoie? —La libra de pasas se le cayó de las manos.

—El mismo —respondí yo y, después de recoger del suelo la compra de Punin, nos besamos.

Se ahogaba de alegría, de emoción; por poco no se echó a reír, se quitó el gorro —por cierto, que pude convencerme de que las últimas huellas de pelo habían desaparecido de su «huevo»—, sacó del fondo un pañuelo, se sonó, lo embutió en el seno del gorro junto con las pasas, volvió a ponérselo, volvió a tirar las pasas... No sé cómo se comportaba Muza en todo ese tiempo: intentaba no mirarla. No considero que la emoción de Punin proviniera de un cariño excesivo por mi persona: simplemente su naturaleza no resistía ningún impulso inesperado. ¡La nervosidad de los pobres!

—Véngase con nosotros, corazón, venga conmigo a casa —balbuceó al fin—, bueno, si gusta de visitar nuestro retirado nido. Ya veo que es estudiante...

—Claro, claro que sí, será una alegría.

—¿Está libre ahora?

—Completamente libre.

—¡Magnífico! ¡Qué contento se va a poner Paramón Semiónych! Hoy regresa a casa antes de lo habitual, y también a ella *madame* le deja libre los sábados. Aunque, espere, perdóneme, me he vuelto tarumba. Porque conoce a nuestra sobrina, ¿no?

Me apresuré a aclarar que todavía no tenía el placer...

—¡Claro que no! ¿Dónde iban a haberse visto? Múzochka... Fíjese, muy señor mío, la muchacha se llama Muza, y no es un apodo, es su verdadero nombre... ¡Qué predestinación! Múzochka, te presento al señor..., al señor...

—B*** —lo ayudé yo.

—B*** —repitió él—. ¡Múzochka, fíjate! Tienes delante a un joven realmente maravilloso, amabilísimo. El destino me unió a él cuando todavía estaba en sus años mozos. Le ruego que lo cuide y respete.

Hice una ligera inclinación. Muza, roja como una amapola, levantó la vista como de reojo y al momento la bajó.

«¡Vaya! —pensé—, así que eres de esas que en las situaciones difíciles no se ponen pálidas, sino coloradas, habrá que tenerlo en cuenta».

—No se lo tome a mal, no sale de ella ser presumida —señaló Punin y salió de la tienda a la calle; Muza y yo salimos detrás.

La casa donde vivía Punin estaba a una distancia bastante grande del mercado, en la calle Sadóvaia, por más señas. Por el camino, a mi antiguo instructor en la materia de poesía le dio tiempo a informarme de no pocos detalles de su vida y obra. Desde el momento de nuestra separación, Baburin y él habían dado vueltas y vueltas por toda la santa Rus y solo hacía poco, año y medio antes, que habían encontrado un hospedaje permanente en Moscú. Baburin había logrado entrar como secretario principal de un rico mercader y fabricante.

—No es que sea una prebenda —explicó Punin suspirando—, mucho trabajo, pocos beneficios..., pero ¿qué se le va a hacer? ¡Y ya puedes dar gracias a Dios por esto! Yo también intento ganar algo con cartas y clases, pero de momento mis intentos son todos un fracaso. Mi letra es, puede que

usted se acuerde, anticuada, fría para los gustos de ahora y, en cuanto a las clases, me resta mucho la falta de ropa decente; además, me temo que en lo de enseñar, en la enseñanza de literatura rusa, también para el gusto de ahora soy lento... y es por eso que estoy hambriento. —Punin se echó a reír con esa risa suya silbante y sorda. Conservaba su antigua manera de hablar un poco elevada y la antigua costumbre de hacer rimas—. Todos buscan lo nuevo, ¡a todos les gusta la novelería! ¿Y dice usted que ya no lee a los dioses antiguos, que ha caído a los pies de los nuevos?

—¿Y usted, Nikandr Vavílych, será posible que todavía tenga estima a Jeráskov?

Punin se paró y sacudió ambos brazos a la vez.

—¡En grado sumo, señor mío! ¡En gra... do su... mo!

—¿Y no lee a Pushkin? ¿No le gusta Pushkin?

Punin volvió a alzar los brazos por encima de la cabeza.

—¿Pushkin? ¡Pushkin es una serpiente oculta entre ramas verdes a la que se le ha concedido voz de ruiseñor!

Mientras Punin y yo conversábamos de esta guisa avanzando con cuidado por las aceras irregulares de ladrillos de la Moscú de «piedra blanca» —esa misma Moscú en la que no había ni una piedra y que no era en absoluto blanca—, Muza andaba en silencio cerca de nosotros, al otro lado de Punin. Al hablar de ella, utilicé esa palabra: «sobrina». Punin se quedó callado un momento, se rascó la nuca y me comunicó a media voz que él la llamaba así porque..., porque sí, pero que no eran parientes, que era una huérfana a la que Baburin había encontrado y recogido en Vorónezh, pero que él, Punin, podía nombrarla hija, porque la quería no menos que a una hija de verdad. Yo no albergaba dudas de que, aunque Punin había bajado la voz a propósito, Muza había oído muy bien todo lo que él había dicho, y se enfadó y se azaró, y se avergonzó; las sombras y los colores le atravesaban la cara y todo en ella se movía ligeramente: los párpados y las cejas, los labios y las estrechas fosas nasales. Y todo resultaba muy agradable, gracioso y extraño.

Pero entonces llegamos por fin al «retirado nido». Y, en efecto, era muy retirado el nido aquel. Se componía de una casita de una sola planta no muy grande y por poco no enraizada en la tierra, con un tejado de tablas torcidas y cuatro ventanas pequeñas y oscuras en la faz delantera. Los enseres eran de lo

más pobre, incluso no del todo aliñado. Entre las ventanas y en las paredes había colgadas cerca de una docena de jaulas diminutas de madera con alondras, canarios, jilgueros y luganos. «¡Mis súbditos!», pronunció solemne Punin señalándolos con un dedo. No habíamos tenido tiempo casi de entrar y hacernos al sitio, no había tenido tiempo Punin de enviar a Muza por el samovar, cuando hizo su aparición Baburin. Me pareció bastante más envejecido que Punin, aunque sus andares seguían siendo firmes y conservaba la expresión general de la cara; pero estaba más delgado, encorvado, las mejillas se le habían sumido y en su barba espesa y negra «se había desarrollado el pelo blanco». No me reconoció y no mostró ningún placer especial cuando Punin me nombró; ni siquiera sonrió con los ojos, apenas hizo un gesto con la cabeza; preguntó —en tono muy despreocupado y seco— si mi *abuelita* estaba viva, eso fue todo. «No me asombras con una visita noble, ni me halaga lo más mínimo». El republicano seguía siendo republicano. Muza regresó; detrás, una viejecita decrepita trajo un samovar mal fregado. Punin empezó a trajinar, a atenderme; Baburin se sentó a la mesa, apoyó la cabeza en ambas manos y su mirada cansada recorrió todo a su alrededor. Con el té, sin embargo, sí se decidió a hablar. Estaba descontento con su situación. «Es un acopiador, no una persona —decía refiriéndose a su señor—, los subalternos para él son basura, no valemos nada; y eso que no hace tanto que usaba abrigos caseros. Solo conoce la crueldad y la codicia. ¡Es peor que servir a la corona! Además, todo el comercio local es un engaño, ¡se sostiene gracias a él!». Mientras escuchaba un discurso tan poco alegre, Punin suspiraba compungido, le daba la razón, movía la cabeza ya de abajo arriba ya de lado a lado; Muza insistía en su silencio... Por lo visto la atormentaba una idea: ¿qué era yo, una persona modesta y discreta o una habladora? Y si soy discreto, ¿no será con alguna intención? Sus ojos negros, rápidos e intranquilos centelleaban bajo los párpados medio bajados. Solo me miró una vez, y fue una mirada tan escrutadora y penetrante, casi con rabia... Hasta me estremecí. Baburin casi no hablaba con ella; pero todas las veces en que se dirigía a ella, en su voz se percibía un cariño sombrío, no paternal.

Punin, por el contrario, no hacía sino hablar de chanza con ella; aunque esta le respondía sin ganas. La llamaba niña de nieve, y copito.

—¿Por qué utiliza esos nombres con Muza Pávlovna? —pregunté yo.

Punin se echó a reír.

—Porque le sale ser fría.

—Es juiciosa —intervino Baburin—, como le corresponde a una chica joven.

—Podemos llamarla también amita de la casa —exclamó Punin—, ¿o no, Paramón Semiónych? —Baburin frunció el ceño, Muza ocultó la cara... Y yo, entonces, no comprendí esa alusión.

Y así pasaron cerca de dos horas... no muy animadas, aunque Punin se esforzaba por todos los medios para «entretener a la honorable compañía». Entre otras cosas, se acurrucó delante de uno de los canarios, abrió la portezuela y ordenó: «¡A la *cúpula*! Hale, vamos a dar un concierto». Al momento el canario salió volando, se subió a la *cúpula*, es decir, a la coronilla desnuda de Punin y, girándose de un lado al otro y agitando las alas, empezó a trinar con todas sus fuerzas. Mientras duró el concierto, Punin no hizo ningún movimiento, se limitó a dirigir suavemente con el dedo y a arrugar los ojos. No pude por menos que echarme a reír a carcajadas..., pero Baburin o Muza ni sonrieron.

Poco antes de que me marchara, Baburin me sorprendió con una pregunta inesperada. Deseaba saber por mí, como persona que estudiaba en la universidad, qué clase de persona era Zenón y qué concepto tenía yo de él.

—¿Qué Zenón? —pregunté yo no sin asombro.

—Zenón, el sabio clásico. ¿Acaso es un desconocido para usted?

Yo recordaba vagamente el nombre de Zenón como el del fundador de la escuela estoica; pero, por lo demás, no sabía ninguna otra cosa importante sobre él.

—No, era filósofo —dije al fin.

—Zenón —continuó Baburin haciendo varias pausas—, el mismo sabio que explicó que el sufrimiento no es el mal, puesto que la paciencia todo lo supera, y que el bien en este mundo es una única cosa: la justicia; incluso la virtud no es otra cosa que justicia.

Punin arrimaba el oído con veneración.

—Estas sentencias me las ha contado un ciudadano de aquí en cuya casa se pueden encontrar muchos libros antiguos —continuaba Baburin—, me ha gustado mucho. Pero puedo ver que usted no se dedica a este tipo de disciplinas.

Baburin decía la verdad. Yo, en efecto, no me dedicaba a esas disciplinas. Desde el momento de mi ingreso en la universidad me había vuelto un republicano no menor que el propio Baburin. ¡Con placer hablaba del conde de Mirabeau y de Robespierre! Qué digo Robespierre... ¡Encima de mi escritorio tenía colgadas dos litografías con los retratos de Fouquier de Tinville y de Joseph Chalier! Pero ¿Zenón? ¿De dónde había salido Zenón?

Mientras se despedía de mí, Punin insistió muchísimo en que fuera a verlos al día siguiente, el domingo; Baburin no hizo ninguna invitación e incluso refunfuñó algo así como que hablar con gentes sencillas, con plebeyos, no debía depararme gran satisfacción y que, además, seguramente no fuera del agrado de mi *abuelita*... En esta palabra, sin embargo, interrumpí su frase y le di a entender que mi abuela ya no mandaba en mí.

—¿Y ya ha tomado posesión de las propiedades? —preguntó Baburin.

—No, no lo he hecho —respondí.

—Entonces... —Baburin no terminó la frase que había empezado, pero yo la acabé por él: «Entonces, soy un niño pequeño».

—Adiós —dije bien alto y me marché.

Ya había dejado atrás el patio y estaba en la calle... De pronto, Muza salió corriendo de la casa, me coló en la mano un papelito arrugado y, acto seguido, desapareció. Desdoblé el papel en el primer poste de una farola. Era una notita. Me costó descifrar las líneas desmayadas, trazadas a lápiz. «Por el amor de Dios —me escribía Muza— vaya mañana después del servicio de mediodía a los jardines de Alejandro junto a la torre Kutafia yo lo estaré esperando no me niegue no me haga desgraciada necesito verlo sin falta». La nota no tenía faltas de ortografía, pero tampoco signos de puntuación. Perplejo, regresé a casa.

Cuando, quince minutos antes de la hora fijada empecé a acercarme a la torre Kutafia (estábamos a principios de abril, los brotes maduraban, la hierba reverdecía y los gorriones piaban ruidosos y se peleaban en las ramas desnudas de las lilas), para mi gran sorpresa vi en un lateral, cerca de la verja, a Muza. Se me había anticipado. Iba a acercarme cuando ella vino a mi encuentro.

—Vamos a la muralla del Kremlin —susurró con voz apresurada, recorriendo el suelo con la vista bajada—, aquí hay gente.

Subimos por el caminito de la colina.

—Muza Pávlovna —empecé, pero ella me interrumpió al momento.

—Por favor —dijo con la misma voz apresurada y baja—, no me juzgue, no piense nada malo. Le he escrito una carta, he fijado un encuentro, porque... temía... Ayer me pareció... como que usted se burlaba. Escúcheme —añadió ella con un esfuerzo inesperado y se paró, se giró para mirarme—, escúcheme: si cuenta con quién..., si nombra dónde nos conocimos, me tiraré al río, me ahogaré, ¡me mataré!

Entonces por primera vez me observó con esa mirada escrutadora y aguda que ya conocía.

«¿Y si de verdad ella...? Pero... ¡Dios me libre!», me pasó por la cabeza.

—Qué cosas dice, Muza Pávlovna —me di prisa en explicarme—, ¿cómo puede tener una opinión tan terrible de mí? ¿Acaso me ve capaz de traicionar a un amigo y de hacerle daño a usted? Además, por lo que yo sé, no hay nada censurable en su relación... Tranquilícese, por el amor de Dios.

Muza me escuchaba sin moverse del sitio y ya sin mirarme.

—Hay otra cosa que debo decirle —empezó mientras echaba a andar por el camino—, aunque puede que piense: ¡está loca! Tengo que decírselo: el viejo quiere casarse conmigo.

—¿Qué viejo? ¿El calvo? ¿Punin?

—No, el otro... Paramón Semiónych.

—¿Baburin?

—Eso es.

—¿Cómo? ¿Se lo ha pedido?

—Sí.

—Pero usted, entiendo, no accedió.

—Sí, lo hice... porque entonces no entendía nada. Ahora es diferente.

Del asombro, agité los brazos.

—Baburin... ¡y usted! Pero ¡si debe de tener cincuenta años!

—Dice que cuarenta y tres. Pero eso no importa. Aunque tuviera veinticinco, ni así me casaría con él. ¡Ya ve qué felicidad! ¡Puede pasar una semana entera sin que haya sonreído ni una sola vez! Paramón Semiónych es mi benefactor, le debo mucho, me acogió, me dio una educación, estaría

perdida sin él, debo honrarlo como a un padre... Pero ¡ser su mujer! ¡Prefiero morir! ¡Prefiero irme directa a la tumba!

—¿Por qué menciona la muerte una y otra vez, Muza Pávlovna?

Muza se paró otra vez.

—¿Acaso una vida así es vida? De aburrimiento y de pena me enamoré de su conocido, de Vladímir Nikoláich, pero está Paramón Semiónych con sus peticiones... Punin me harta con sus versos, sí, pero al menos no me asusta; no me obliga a leer a Karamzín por las tardes, cuando, de puro cansancio, se me cae la cabeza de los hombros. ¿Y para qué quiero yo a esos viejos? Encima me tildan de fría. ¿Cómo voy a ser cálida con ellos? Como empiecen a obligarme, me iré. Ahí está Paramón Semiónych diciendo: ¡libertad, libertad! Bien, pues a mí también me gustaría tener libertad. ¿O qué va a ser, si no? ¿Todos son libres y a mí me va a mantener en una cárcel? Yo misma se lo diré. Y si usted me traiciona, aunque sea solo una alusión, acuérdesese: ¡ya pueden ir a buscarme!

Muza se había plantado en medio del camino.

—¡Ya pueden buscarme! —repitió con vehemencia. Esta vez tampoco había levantado la vista; era como si supiera seguro que se delataría, que mostraría qué había en su alma si alguien la miraba a los ojos... Y precisamente por eso, de ninguna manera levantaba la vista, a no ser que fuera en un ataque de rabia o por enfado, y entonces clavaba la mirada en la persona con la que hablaba... Y de su cara pequeña y rosada, agraciada, emanaba una firmeza irrevocable.

«Vaya —me vino a la cabeza—, Tárjov tiene razón. Esta muchacha es de una nueva especie».

—Conmigo no tiene nada que temer —dijo al fin.

—¿De verdad? Incluso si... Acaba de decir algo sobre nuestra relación... Incluso en el caso de... —no siguió.

—También en ese caso no tiene nada que temer, Muza Pávlovna. No estoy aquí para juzgarla. Y su secreto está encerrado, mire, aquí. —Me señaló el pecho—. Créame, sé valorar...

—¿Tiene aquí mi carta? —preguntó de improviso.

—Sí.

—¿Dónde?

—En el bolsillo.

—Devuélvame la..., ¡rápido, dese prisa!

Saqué el papelito del día anterior. Muza lo atrapó con mano dura, se quedó un momento delante de mí, como si se dispusiera a darme las gracias; pero, de pronto, se estremeció, miró a su alrededor y, sin ni siquiera una leve inclinación de cabeza, empezó a bajar a paso vivo por la colina.

Miré en la dirección que ella había tomado. A pocos pasos de la torre distinguí una figura envuelta en una capa *almaviva* (estas capas al estilo del conde de *El barbero de Sevilla* estaban muy de moda entonces), en la que al momento reconocí a Tárjov.

«Ay, amigo —pensé—, algo han tenido que contarte cuando la acechas...».

Y silbando para mí, me dirigí a casa.

A la mañana siguiente, cuando apenas me había dado tiempo a tomar el té, Punin apareció en mi casa. Entró en la habitación con aire bastante confuso, empezó a hacer inclinaciones y saludos, a mirar a su alrededor, a disculparse por su falta de delicadeza. Yo me apresuré a tranquilizarlo. Confieso mi culpa: imaginé que Punin había venido con intención de pedir prestado algo de dinero. Pero él se limitó a pedir un vasito de té con ron, ya que todavía no habían recogido el samovar.

—No sin temblores y ansiedad en el corazón he venido a verlo a usted — empezó a hablar mientras mordisqueaba un trocito de azúcar—. A usted no le tengo miedo, pero ¡cómo temo a su venerable abuela! Me somete también mi ropa, como ya le he contado. —Punin se pasó un dedo por el borde de su levita caduca—. Para casa, bueno, y llevarla por la calle tampoco es una desgracia, pero es entrar en salas doradas y hacer acto de presencia tu pobreza... y no sientes sino torpeza.

Yo ocupaba dos habitaciones no muy grandes en el entresuelo y, claro está, a nadie se le ocurriría llamarlas salas, y menos doradas, pero imagino que Punin se refería a toda la casa de la abuela que, por cierto, tampoco se diferenciaba por su lujo. Me reprochó que no hubiera ido a visitarlos la víspera: Paramón Semiónych, decía, me había estado esperando, aunque aseguraba que usted no iría de ninguna manera. También Múzochka lo esperaba.

—¿Cómo? ¿Muza Pávlovna? —pregunté.

—También ella, sí. La muchacha se nos ha revelado encantadora, ¿qué me dice?

—Muy encantadora —corroboré yo.

Punin se frotó la cabeza desnuda con extraordinaria rapidez.

—Una belleza, señor mío, una perla o incluso un diamante, se lo digo con sinceridad. —Se inclinó hasta casi tocar mi oreja—. Y tiene sangre noble —me susurró—, solo que..., usted ya me entiende, de mano izquierda, no bendecida, de degustar el fruto prohibido... Bueno, los padres murieron, los familiares le dieron la espalda y la abandonaron a su suerte. Lo que significaba: la desesperación, ¡morir de hambre! Pero entonces hace su entrada Paramón Semiónych, ¡el conocido y remoto salvador! La recogió, la vistió, le dio calor: ¡crio al pajarillo! ¡Y floreció nuestra alegría! Ya le dije que era una persona de virtudes singularísimas.

Punin se recostó en el respaldo del sofá, levantó las manos y, echándose de nuevo hacia delante, empezó a susurrar otra vez, pero ahora con aire más misterioso todavía:

—Y es que el propio Paramón Semiónych..., ¿no lo sabe usted?, también es de buen origen, y también de matrimonio de mano izquierda. Dicen que su padre era un príncipe reinante georgiano de la tribu del rey David...⁷ ¿Qué le parece? Solo unas pocas palabras, ¡y cuánto se puede decir! ¡La sangre del rey David! Aunque, según otras noticias, el fundador del linaje de Paramón Semiónych fue cierto sah de la India llamado Babur Sangre Azul. Es buena cosa, ¿verdad?

—¿Y a él —pregunté yo—, a Baburin, también lo abandonaron a su suerte?

Punin volvió a secarse la coronilla.

—¡Sin duda! ¡Incluso con mayor crueldad que a nuestra princesa! Desde su más tierna infancia, ¡todo fue una lucha! Confieso que por este hecho, inspirándome en Ruban,⁸ he compuesto un cuarteto a la imagen de Paramón Semiónych. Aguarde..., ¿cómo era...? ¡Ah, sí!

Desde la cuna sin piedad de acosos crueles, ¡el destino

al borde del abismo de la maldad arrastró a Baburin!

Pero una luz en las tinieblas, un rayo dorado entre lo podrido,

¡y ya! ¡Los laureles de vencedor su frente coronan!

Punin recitó estos versos con voz acompañada y melodiosa, pronunciado las oes,⁹ como corresponde al recitar poemas.

—¡Así que por eso es republicano! —exclamé yo.

—No, no es por eso —respondió Punin con inocencia—. Hace mucho que perdonó a su padre, pero no soporta en modo alguno la injusticia, ¡la tristeza ajena lo angustia!

Yo pretendía llevar la conversación a lo que había averiguado la víspera por Muza, es decir, al arreglo matrimonial de Baburin, pero no sabía cómo empezar. Fue Punin quien me sacó del atolladero.

—¿No ha notado nada? —me preguntó de repente, entornando los ojos con expresión pícaro—. ¿Qué le pareció su visita? ¿No vio nada especial?

—¿Acaso debía notar algo? —pregunté a mi vez.

Punin observó por encima del hombro, como si deseara asegurarse de que nadie nos estaba escuchando.

—Nuestra bonita Múzochka se convertirá muy pronto en una dama casada.

—¿Cómo?

—¡La señora Babúrina! —dijo Punin con intensidad y, después de darse varios golpecitos en las rodillas, empezó a agitar la cabeza como una porcelana china.

—¡No puede ser! —exclamé con sorpresa fingida.

La cabeza de Punin se detuvo al momento y sus manos se quedaron inmóviles.

—¿Y por qué no puede ser, si me permite la pregunta?

—Porque Paramón Semiónych podría ser el padre de su *báryshnia*, porque la diferencia de años excluye cualquier probabilidad de amor... por parte de la novia.

—¡Excluye! —atajó Punin con entusiasmo—. ¿Y la gratitud? ¿Y la pureza de corazón? ¿Y la dulzura de sentimientos? Al menos sírvase a considerarlo: supongamos que Muza es la muchacha más hermosa, pero merecerse el favor de Paramón Semiónych, ser su alegría y su apoyo, ¡su esposa!, ¿acaso no es la mayor de las felicidades para una muchacha como ella? ¡Y bien que lo comprende ella! Solo tiene que mirar, que observar con

atención. En presencia de Paramón Semiónych, Múzochka es toda ella veneración, ¡es temblor y entusiasmo!

—Y ahí radica la desgracia, Nikandr Vavílych, en que ella es, como usted dice, temblor. No tiembles en presencia de aquel al que amas.

—¡No estoy de acuerdo! Míreme a mí, por ejemplo: creo que no puedo querer más a mi Paramón Semiónych y yo..., yo siento temblores en su presencia.

—Sí, pero en su caso es diferente.

—¿Por qué es diferente? ¿Por qué, por qué? —me interrumpió Punin. No lo reconocía: estaba acalorado, serio, casi enfadado, y no hacía rimas—. No —repitió—, ya me he dado cuenta: sus ojos no son penetrantes. ¡No! ¡Usted no entiende de corazones! —Dejé de contradecirle y, para darle otro rumbo a la conversación, propuse que, siguiendo nuestra antigua costumbre, pasáramos a leer.

Punin guardó silencio.

—¿A los de antes? ¿A los de verdad? —preguntó al fin.

—No, a los nuevos.

—¿A los nuevos? —repitió con desconfianza.

—A Pushkin —respondí yo. De pronto me había venido a la cabeza *Los gitanos*, la obra que Tárjov había mencionado recientemente. Aquí, por cierto, hay una canción sobre un marido viejo. Punin gruñó un poco, pero lo hice sentarse en el diván para que le resultara más cómodo escuchar, y pasé a leer el poema de Pushkin. Llegamos a «viejo marido, marido temible». Punin oyó la canción hasta el final y, de pronto, se puso en pie impetuosamente.

—No puedo —dijo con una alteración tan profunda que me dejó estupefacto—, perdóneme, no puedo escuchar más a ese componedor. Es un libelo sin moral, y él es un embustero..., me confunde. ¡No puedo! Permítame que ponga fin a mi visita de hoy.

Quise convencer a Punin para que se quedara, pero él se mantenía en sus trece, con cierta tozudez asustada y torpe; repitió varias veces que se sentía confuso y que quería airearse y, al decirlo, sus labios temblaban ligeramente y sus ojos evitaban los míos, como si lo hubiera ofendido. Y, así, se marchó.

Y poco después salí yo de casa y me dirigí a la de Tárjov.

Sin preguntar a nadie, con la habitual falta de ceremoniosidad estudiantil, pasé directamente a verlo a su piso. En la primera estancia no había nadie. Llamé a Tárjov por su nombre y, al no obtener respuesta, decidí marcharme; pero la puerta de la habitación contigua se abrió... y apareció mi amigo. Me miró de una forma extraña y me estrechó la mano en silencio. Había ido a verlo para contarle todo lo que había averiguado por Punin y, aunque enseguida sentí que no era un buen momento para visitas, después de hablar un poco sobre otros asuntos, terminé comunicándole las intenciones de Baburin con respecto a Muza. Aparentemente la noticia no lo sorprendió mucho; acercó despacio la silla y, clavando atento la mirada en mí, en completo silencio, como antes, confirió a sus rasgos tal expresión..., tal expresión como si deseara decir: «Bueno, ¿qué más tienes que contarme? Vamos, expón tus ideas». Yo examiné a conciencia su rostro... Me pareció animado, un poco burlón, incluso un poco insolente. Pero esto no me impidió «exponer mis ideas». Al contrario. «Si tú te muestras ufano —pensé yo—, no seré yo quien se compadezca de ti». Y acto seguido empecé a disertar sobre el daño de los afectos inesperados, de la obligación de toda persona de respetar la libertad y la individualidad del otro, en resumen, empecé a impartir consejos útiles y sensatos. Mientras peroraba, para mayor facilidad, andaba arriba y abajo por la habitación. Tárjov no me interrumpió y no se movió de su silla: únicamente jugueteaba con los dedos en la barbilla.

—Sé —decía yo... (Qué es lo que en verdad me impulsó a hablar sigue sin estar claro incluso para mí, lo más probable es que fuera la envidia, ¡y no servir a la moral!)—, sé... —decía yo— que el asunto no es sencillo, que no es un juego; estoy seguro de que quieres a Muza y de que Muza te quiere a ti, que no es un capricho momentáneo por su parte... Pero supongamos... (aquí crucé los brazos), supongamos que tú satisfaces tu pasión y, después, ¿qué? Porque no te vas a casar con ella, ¿no? Y, entretanto, truncas la felicidad de un hombre bueno, honrado, de su benefactor, y ¿quién sabe? (aquí mi cara expresaba al mismo tiempo sagacidad y pena), puede que también la felicidad de ella...

Y así una y otra vez.

Mi discurso se alargó casi un cuarto de hora. Tárjov seguía callado. Y a mí me empezaba a azorar su silencio. De cuando en cuando lo miraba, no tanto para cerciorarme de la impresión que le causaban mis palabras cuanto

para comprender por qué no objetaba ni asentía, sino que estaba sentado como un sordomudo. Sin embargo, al fin me pareció que en su cara se producía..., sí, así era, se había producido un cambio. Empezó a expresar intranquilidad, alarma, una alarma triste... Pero, ¡cosa extraña!, ese algo animado y claro, burlón, que me había dejado estupefacto desde la primera mirada a Tárjov, ¡ese algo no había abandonado su cara alarmada y triste! Yo aún dudaba si felicitarle por el éxito de mi sermón, cuando Tárjov se levantó de pronto y, estrechándome ambas manos, pronunció muy deprisa, como si disparara:

—Te lo agradezco, te lo agradezco. Tienes razón, claro... aunque, por otro lado, podría hacerse una observación... Porque ¿qué es en realidad tu alabado Baburin? Un estúpido honrado, ¡nada más! Tú lo tildas de republicano, ¡y no es más que una marimanta tristona! Ahí lo tienes, ¡eso es lo que es! Y su republicanismo consiste en que no es capaz de avenirse en ningún sitio.

—Ajá, ¿eso es lo que crees? ¡Una marimanta tristona! ¡Que no se aviene! ¿Es que acaso no sabes —continué yo con vehemencia inesperada—, acaso no sabes, querido Vladímir Nikoláich, que en nuestros días no avenirse en ningún sitio es señal de buena naturaleza, de una distinguida? Solo la gente huera, la gente mala, ¡se aviene en todas partes y se resigna a todo! Tú dices que Baburin es un estúpido honrado. Entonces, en tu opinión, ¿es mejor ser un despabilado ruin?

—¡Estás tergiversando mis palabras! —exclamó Tárjov—. Lo único que quería era explicarte cómo veo yo a ese señor. ¿Piensas que es un ejemplar escaso? ¡Para nada! Me he encontrado en la vida con personas parecidas a él. Un hombre que está sentado con aire de importancia, calla, se obstina, se eriza... ¡Huy, sí! De saber qué hay en su interior, ¡hay tantas cosas aquí! Pues en su interior no hay nada, ni una sola idea en su cabeza, solo el sentimiento de su propia dignidad.

—Pues ya solo eso es algo honorable —interrumpí yo—. Pero permíteme que te pregunte dónde has podido estudiarlo tanto. ¿Es que lo conoces? ¿O lo estás describiendo... con palabras de Muza?

Tárjov se encogió de hombros.

—Muza y yo... no hablamos de él. Oye —añadió con un movimiento de impaciencia en todo el cuerpo—, oye: si Baburin tiene una naturaleza tan

noble y honrada, ¿cómo es que no ve que Muza no es pareja para él? Una de dos: o bien comprende que, de alguna manera, la está violentando en nombre de la gratitud, que ahí... y, entonces, ¿dónde queda su honradez? O bien no lo comprende... y, entonces, ¿cómo no llamarlo estúpido?

Iba a protestar, pero Tárjov volvió a agarrar mis manos y siguió hablando con voz apresurada:

—Por lo demás..., claro..., reconozco que tienes razón, tienes razón mil veces... Eres un amigo de verdad..., pero, ahora, déjame solo, por favor.

Me quedé pasmado.

—¿Que..., que te deje solo?

—Sí, ya lo ves, tengo que dar vueltas a todo lo que has dicho, pensármelo bien... No dudo de que tengas razón..., pero, ahora, ¡déjame solo!

—Estás tan alterado... —empecé yo.

—¿Alterado?, ¿yo? —Tárjov se echó a reír, pero al momento fue consciente—: Sí, claro, ¿cómo quieres que esté? Tú mismo lo has dicho: no es un juego. Sí, es algo que hay que pensar... solo. —Continuaba estrechándome las manos—. Adiós, hermano, ¡adiós!

—Adiós —repetí yo—. Adiós, hermano. —Mientras salía, lancé una última mirada a Tárjov. Parecía contento. ¿De qué? ¿De que yo, como amigo fiel y camarada que era, le hubiera indicado los peligros del camino que había emprendido... o de que me marchara? Durante todo el día las ideas más variadas se me arremolinaron en la cabeza, hasta entrada ya la tarde, hasta el momento en que puse el pie en la casa que ocupaban Punin y Baburin, porque ese mismo día iba a ir a verlos. Debo confesar que algunas de las expresiones de Tárjov me pesaban en el alma..., me resonaban en los oídos... Porque, en efecto, ¿era posible que Baburin..., que no viera que ella no era pareja para él?

Pero, al mismo tiempo, ¿cómo era posible? Baburin, el abnegado Baburin, ¿un estúpido honrado?

Punin me había contado durante su visita que me habían estado esperando la víspera. Era posible, pero, decididamente, ese día nadie me esperaba... Los encontré a todos en casa, y todos se sorprendieron de mi aparición. Baburin y Punin se encontraban los dos mal: a Punin le dolía la cabeza y yacía acurrucado en el poyo de la estufa, la cabeza cubierta con un pañuelo

colorido y una raja de pepino en cada sien. Baburin sufría de ictericia: completamente amarillo, casi pardo, con cercos oscuros alrededor de los ojos, la frente arrugada y la barba sin cuidar..., ¡se parecía poco a un novio! Hubiera querido irme... Sin embargo, no me dejaron y hasta me sirvieron té. No fue una velada muy alegre. A Muza, cierto es, no le dolía nada, incluso tenía un aspecto menos fiero que de habitual, pero era evidente su enfado, su irritación... Finalmente no aguantó más y, mientras me ofrecía una taza de té, me susurró apresuradamente:

—No importa lo que diga, no importa cuánto se esfuerce, no hay nada que hacer..., ¡usted verá!

La miré asombrado y, cuando di con un momento adecuado, le pregunté también a media voz:

—¿Qué quería decir con esas palabras?

—Quería decir... —respondió ella, y sus ojos negros brillaron con rabia bajo las cejas encapotadas cuando se clavaron en mi cara para apartarse en el siguiente instante—, quería decir que he oído todo lo que ha dicho usted hoy, y no tengo que darle las gracias por nada y que, de todas formas, no se harán las cosas a su manera.

—¿Estaba usted allí? —se me escapó sin querer. Pero entonces Baburin se puso en guardia y miró hacia nuestro lado. Muza se apartó de mí.

Al cabo de unos diez minutos consiguió acercarse de nuevo. Pareciera que le resultara agradable decirme cosas osadas y peligrosas y hacerlo en presencia de su protector, bajo su observación, ocultándose lo justo y necesario para no despertar sus recelos. Es algo conocido: caminar por el borde, por el mismísimo filo del precipicio es la ocupación favorita de las mujeres.

—Sí, estaba allí —susurró Muza sin cambiar la expresión de la cara, sus aletas sí que temblaban ligeramente y los labios se le contrajeron—. Sí, y si Paramón Semiónych me pregunta qué son estos susurros que estamos intercambiando, se lo diré. ¡Qué más me da!

—Tenga más cuidado —intenté convencerla—, es cierto que parece que han notado...

—Le digo que estoy dispuesta a contarlo todo. Además, ¿quién va a notar nada? Uno estira el cuello en el poyo como un patito enfermo, pero no oye nada; y el otro estará cavilando sobre filosofía. ¡No tenga miedo!

Muza había elevado ligeramente la voz y sus mejillas iban enrojeciendo poco a poco con un tono malévolo, pálido; y le sentaba maravillosamente bien, nunca antes había estado tan guapa. Mientras recogía la mesa, mientras colocaba en su sitio tazas y platitos, se movía rápido por la estancia; había algo de desafío en su andar ligero y desenvuelto. «Júzgueme —parecía decir— como usted sabe, que yo soy mía y no le tengo miedo».

No voy a ocultar que precisamente esa tarde Muza me pareció arrebatadora. Sí, pensaba yo, esta rabiosa, esta nueva especie... Qué encanto. Aunque esas manos podrían golpear... Bueno, ¡tampoco pasaría nada!

—Paramón Semiónych —exclamó de pronto—, ¿la república es un tipo de Estado en el que cada uno hace lo que se le antoja?

—La república no es un Estado —respondió Baburin levantando la cabeza y frunciendo el ceño—, es un..., una estructura donde todo se basa en la ley y en la justicia.

—Entonces en una república —continuó Muza— nadie puede obligar a otro, ¿no?

—Eso es.

—¿Y cada cual es libre de disponer de sí mismo?

—Así es.

—Ah, eso es lo que quería saber.

—¿Para qué necesitabas saberlo?

—Por nada. Necesitaba que usted lo dijera.

—Qué interés por saber cosas tiene nuestra *báryshnia* —observó Punin desde el poyo.

Cuando salí a la antesala, Muza me acompañó, claro está que no por cortesía, sino todavía por alegría maliciosa. Le pregunté al despedirme:

—¿De veras lo quiere tanto?

—Si lo quiero o no, es algo que no sé —me respondió—, pero lo que tenga que ser, será.

—Tenga cuidado y no juegue con fuego..., puede quemarse.

—Mejor quemarse que congelarse. ¡Usted y sus consejos! ¿De dónde ha sacado que él no se casaría conmigo? ¿De dónde ha sacado que yo quiero casarme como sea? De acuerdo, puede que me eche a perder... Pero... ¡no es asunto suyo!

Cerró dando un portazo tras de mí.

Creo recordar que, en el camino de vuelta a casa, me agradó bastante pensar que mi amigo Vladímir Tárjov iba a vérselas y deseárselas —¡huy, mucho pero que mucho!— con la «nueva especie»... ¡De alguna manera debía pagar por su felicidad!

De que él iba a ser feliz yo, lamentablemente, no albergaba ninguna duda.

Pasaron unos tres días. Estaba en mi habitación sentado junto al escritorio, no tanto para trabajar como para disponerme a desayunar..., oí un ruido, levanté la vista y me quedé petrificado. Delante de mí —inmóvil, horrible, blanca como la tiza—, había una visión: Punin. Mientras guiñaban lentamente, sus ojos encogidos me miraban, expresaban susto disparatado, cobarde, y los brazos le colgaban cual látigos sin fuerza.

—¡Nikandr Vavílych! ¿Qué le ocurre? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Nadie lo ha visto? ¿Qué ha pasado? ¡Dígame algo!

—Ha huido —Punin pronunció un susurro ronco, apenas audible.

—¿Qué dice?

—Ha huido —repitió.

—¿Quién?

—Muza. Se fue por la noche y dejó una nota.

—¿Una nota?

—Sí. «Les estoy agradecida —decía—, pero no volveré». No me busquen. Hemos ido de un sitio a otro, hemos preguntado a la cocinera, no sabe nada. No puedo hablar alto, discúlpeme, me he quedado sin voz.

—¡Muza Pávlovna los ha abandonado! —exclamé—. Pero, dígame, el señor Baburin debe de estar desesperado, ¿qué tiene intención de hacer?

—No tiene intención de hacer nada. Yo quería salir corriendo a ver al general-gobernador. Me lo ha prohibido. Quería hacer una notificación en la policía. Me lo ha prohibido y hasta se ha enfadado. Dice que es la voluntad de ella. Dice: «No quiero perseguirla». Incluso se ha ido a trabajar a la oficina. Solo que ya no hay cualidades humanas en su rostro. La quería muchísimo... ¡Ay, los dos la queríamos mucho, ay!

Y Punin descubrió por primera vez que no era una estatua, sino alguien vivo: levantó ambos puños y los dejó caer sobre su coronilla, lustrada como

el marfil.

—¡Desagradecida! —gimió—, ¿quién te ha dado de comer y sació tu sed?, ¿quién te salvó y te educó?, ¿quién se ha preocupado por ti, quién toda su vida, con toda su alma...? ¿Y ya lo has olvidado todo? No pasa nada porque me abandone a mí, claro, pero a Paramón Semiónych, a Paramón...

Le pedí que se sentara, que descansara...

Punin meneó la cabeza.

—No, no debo. He venido a verlo..., no sé para qué. Estoy como atolondrado; quedarme solo en casa es... espantoso, no sé qué hacer. Me quedaré en medio de la habitación, cerraré los ojos y llamaré: «¡Muza! ¡Múzochka!».

Y me volveré loco. Pero, no, ¿por qué miento? Sé para qué he venido. El otro día usted leyó esa cancioncilla maldita..., ¿se acuerda?, en la que hablaban de un marido viejo. ¿Por qué lo hizo? ¿Ya sabía algo entonces...? ¿Lo adivinaba...? —Punin me miró—. *Bátiushka*, Piotr Petróvich —exclamó de pronto temblando entero—, ¿quizá usted sepa dónde se encuentra? *Bátiushka*, ¿con quién se ha ido?

Estaba confundido y bajé la mirada involuntariamente.

—¿Acaso les ha dicho en la carta que...? —empecé yo.

—¡Dice que se marcha porque quiere a otro! *Bátiushka* querido, seguro que sabe dónde está. Sálvela, vamos a verla, haremos que entre en razón. ¡Tenga compasión! ¡Juzgue a quién ha dado muerte! —Punin enrojeció de repente, toda la sangre se le subió a la cabeza, cayó de rodillas estrepitosamente—. ¡Sálvela, padre, vamos a verla!

Mi criado apareció en el umbral y se paró perplejo.

Con no poco esfuerzo conseguí poner de pie a Punin, le expliqué que incluso en el caso de que yo sospechara algo, no debíamos actuar así, sin pensar, especialmente nosotros dos solos, que así solo podíamos estropearlo todo, que estaba dispuesto a intentarlo, pero que no respondía por nada. Punin no se oponía, pero tampoco me escuchaba y, forzando la voz, se limitaba a repetir de vez en cuando:

—Sálvela, sálvela a ella y a Paramón Semiónych. —Al final rompió a llorar—. Dígame al menos una cosa, él... ¿es guapo, joven?

—Joven —respondí yo.

—Joven —repitió Punin—, y ella también... Ya ve, la edad... ¡Qué crueldad!

La rima le salió de casualidad, el pobre Punin no estaba para poemas. Yo hubiera pagado muchísimo por volver a oír su hablar afectado o al menos su risa casi insonora... ¡Ay! Ese hablar había desaparecido ya para siempre. Y tampoco oí más su risa.

Prometí que iría a verlo en cuanto supiera algo favorable... Sin embargo, no nombré a Tárjov. De pronto, Punin se abatió por completo.

—Está bien, señor, está bien, gracias, señor —dijo en un gesto infeliz y añadiendo las palabras de tratamiento y sumisión, algo que nunca antes había hecho—, pero, señor, no le diga nada a Paramón Semiónych, señor..., ¡o se enfadará! Solo una palabra: ¡prohibido! Adiós, señor.

Mientras se marchaba dándome la espalda, Punin me pareció tan mísero que hasta me sorprendí: cojeaba de las dos piernas y se doblaba a cada paso...

«¡Mal asunto! *Finis*, como suele decirse», pensé.

Aunque le había prometido a Punin que buscaría noticias sobre Muza, mientras me dirigía ese mismo día a casa de Tárjov no tenía ninguna esperanza de averiguar algo, pues de seguro creía que, o bien no lo encontraría en casa, o bien él no me recibiría. Mi suposición resultó errónea: encontré a Tárjov en casa, me recibió e incluso averigüé todo lo que quería averiguar, pero no salió nada bueno de ello. En cuanto traspasé el umbral de su puerta, Tárjov se acercó a mí con paso decidido, rápido, con los ojos radiantes y encendidos en la cara embellecida y serena, y me dijo firme, vivamente:

—Amigo mío, Petia, adivino a qué has venido y de qué quieres hablar conmigo, pero te aviso de que si mencionas una sola vez a ella o a su proceder o de que, en tu opinión, el buen juicio terminará por imponérseme, dejaremos de ser amigos, ni siquiera conocidos, y te pediré que te comportes conmigo como alguien ajeno.

Miré a Tárjov: por dentro temblaba entero, tintineaba como una cuerda tensada, apenas podía contener el ímpetu de la sangre joven desbordándose; una felicidad intensa, festiva, había irrumpido en su alma y se había apoderado de él, y él, de ella.

—¿Tu decisión no se puede cambiar? —dije apenado.

—No, Petia, mi hermano, no se va a cambiar.

—En ese caso, solo me queda decirte: ¡adiós!

Tárjov entornó un poco los ojos... Se sentía tan bien...

—Adiós, Petia, amigo —dijo con voz un poco nasal, con una sonrisa sincera, donde brillaban alegres sus dientes blancos.

¿Qué podía haber hecho? Lo dejé allí con su «felicidad».

Cuando cerré con fuerza la puerta tras de mí, la otra puerta de la habitación también dio un portazo, pude oírlo bien.

Tampoco tuvo un día fácil mi corazón cuando a duras penas llegué al día siguiente a ver a mis desdichados conocidos. Tenía la secreta esperanza — ¡así de débil es el hombre!— de no encontrarlos en casa, y de nuevo me equivoqué. Estaban los dos. El cambio que habían sufrido en los últimos tres días habría pasmado a cualquiera. Punin estaba completamente blanco y abotagado. ¿A dónde había ido su locuacidad? Su hablar era apagado, débil, siempre con la misma voz ronca, y tenía aire de estupefacción y extravío. Baburin, por el contrario, había encogido y oscurecido; siendo taciturno ya antes, ahora apenas pronunciaba sonidos discontinuos; la expresión de severidad petrificada se había quedado helada en sus rasgos.

Sentía que no podía quedarme callado, pero ¿qué podía decir?

Me limité a susurrar a Punin: «No he averiguado nada y les aconsejo que abandonen toda esperanza». Punin me miró con ojos hinchados y rojos —lo único que le quedaba rojo en toda la cara—, farfulló algo incomprensible y se apartó cojeando. Es probable que Baburin adivinara de qué estábamos hablando Punin y yo y, separando sus labios tan apretados que parecían estar pegados, dijo con voz calma:

—Muy señor mío, desde el día de su última visita hemos tenido un gran disgusto: nuestra pupila, Muza Pávlovna Vinográdova, al no sentirse ya cómoda viviendo con nosotros, ha decidido abandonarnos, sobre lo que nos dejó una declaración escrita. Considerando que no tenemos derecho a impedirselo, le hemos concedido el que pueda actuar según su propio juicio. Deseamos que le vaya bien —añadió no sin esfuerzo—, y a usted humildemente le pedimos que no mencione este tema, puesto que tales conversaciones son inútiles e incluso causan aflicción.

«Vaya, este también me prohíbe hablar de Muza, como Tárjov», fue lo que pensé, y no pude por menos que sorprenderme interiormente. No en vano

tiene en tanta estima a Zenón. Quería haberle comentado algo sobre este sabio, pero mi lengua no se atrevió, y bien que hizo.

Salí aprisa de allí, me fui a mi casa. Para despedirse ni Punin ni Baburin dijeron: «¡Hasta la vista!»; ambos dijeron al unísono: «Adiós, señor». Punin hasta me devolvió el número de *El Telégrafo* que le había traído: ahora, parecía decir, ya no lo necesito.

Una semana después me sucedió algo extraño, un encuentro extraño. La primavera había llegado pronto, de súbito; a mediodía el calor llegaba a los dieciocho grados. Todo verdeaba y se abría paso entre la tierra mullida y húmeda. Alquilé en el picadero un caballo y me dirigí a las afueras, a las colinas de los Gorriones. Por el camino me alcanzó una telega pequeña a la que se habían uncido dos veloces caballos de Viatka, salpicados de barro hasta las orejas, con la cola trenzada y con cintas rojas en el flequillo y en la crin. Los arreos de los caballos eran de estilo cazador, con chapas y borlas de cobre, y los manejaba un joven cochero-petimetre en *poddiovka*¹⁰ sin mangas y camisola amarilla de seda barata, y con un sombrero de fieltro que tenía plumas de pavo real alrededor del casco. A su lado iba una muchacha del estado burgués o del mercantil, en chaquetita abigarrada de brocado, con un gran pañuelo azul cubriéndole la cabeza, y que reía a carcajadas. El cochero también se sonreía. Yo eché mi caballo a un lado y, por lo demás, no estaba prestando especial atención a la alegre pareja que pasaba veloz cuando, de pronto, el mozo dio un alarido a los caballos... Pero ¡si era la voz de Tárjov! Me di la vuelta... En efecto, era él, sin lugar a dudas era él ataviado de cochero y, a su lado, ¿no era esa Muza?

Pero en ese momento los caballos aceleraron y fue visto y no visto. Iba a lanzar a mi caballo al galope tras ellos, pero era un viejo *trabante* de caballería que se mecía con el denominado paso del general: al galope iba aún más despacio que al trote.

—¡Divertíos, queridos míos! —gruñí entre dientes.

Debo señalar que no vi a Tárjov en toda la semana, aunque debí de pasar a verlo unas tres veces. Nunca estaba en casa. A Baburin y a Punin tampoco los vi... No fui a visitarlos.

Me acatarré durante el paseo: a pesar de que hacía mucho calor, el viento soplaba con fuerza, penetrante. Estuve gravemente enfermo y, cuando me recuperé, la abuela y yo nos marchamos a la aldea —a «los pastos»— por

consejo del médico. No volví a pasar por Moscú: para el otoño me había trasladado a la Universidad de San Petersburgo.

III. AÑO 1849

Habían pasado no ya siete, sino doce años, y a mi puerta habían llamado los treinta y dos. Mi abuela había muerto tiempo atrás; yo vivía en Petersburgo como funcionario del Ministerio del Interior. A Tárjov lo había perdido de vista: había entrado a servir en el ejército y se encontraba casi siempre en provincias. Las dos veces que nos vimos fueron muy amistosas, cordiales, pero en nuestra conversación no aludimos al pasado. En la época de nuestro segundo encuentro, si no recuerdo mal, ya estaba casado. En una ocasión, un caluroso día de verano, maldiciendo las obligaciones del servicio que me retenían en Petersburgo y el calor sofocante, el mal olor y el polvo de la ciudad, andaba como podía por la calle Gorójovaia. Una procesión fúnebre me cortó el paso. Estaba compuesta de una única carroza, más bien de una carreta ruinosa sobre la que, sacudido sin educación alguna por el traqueteo de la calzada batida, se agitaba un pobre ataúd de madera, cubierto hasta la mitad por un paño raído de color negro. Tras el coche fúnebre avanzaba un hombre mayor, con la cabeza blanca, solo.

Lo miré bien... La cara me era familiar... Él también me miró con atención... ¡Dios mío! ¡Si era Baburin!

Me quité el sombrero, me acerqué, dije quién era... y eché a andar a su lado.

—¿A quién va a enterrar? —pregunté yo.

—A Nikandr Vavílych Punin —respondió él.

Lo había presentido, sabía de antemano que iba a decir ese nombre, pero, aun así, el corazón me dio un vuelco. Me sentí muy triste, aunque también contento de que la ocasión me ofreciera la posibilidad de darle el último adiós a mi instructor...

—¿Puedo ir con usted, Paramón Semiónych?

—Claro... Lo estaba acompañando solo, ahora seremos dos.

Nuestra marcha se prolongó más de una hora. Mi acompañante se movía sin levantar la vista, sin despegar los labios. Había envejecido definitivamente desde el tiempo en que lo había visto por última vez; surcado de arrugas, el rostro de color cobre se distinguía con crudeza del cabello blanco. Las huellas de su vida trabajadora, amarga, y de la continua lucha se reflejaban en toda la esencia de Baburin: la necesidad y la pobreza lo habían devorado. Cuando todo hubo terminado, cuando lo que había sido Punin desapareció para siempre en la tierra húmeda..., ahora seguro que húmeda del cementerio Smolenski, Baburin permaneció un par de minutos con la cabeza baja y descubierta frente al montículo endurecido de arcilla arenosa, después dirigió hacia mí su rostro consumido y como endurecido, sus ojos secos y hundidos, me dio las gracias con aire sombrío e hizo amago de alejarse, pero yo lo retuve.

—¿Dónde vive, Paramón Semiónych? Permítame que vaya a verlo. No tenía idea de que vivía usted en Petersburgo. Podemos recordar el pasado, hablar de nuestro difunto amigo.

Baburin tardó en responderme.

—Va a hacer tres años que estoy en Petersburgo —dijo al fin—, me alojo donde se acaba la ciudad. Por lo demás, si en efecto desea venir a visitarme, puede hacerlo. —Me dio su dirección—. Venga por la tarde; por la tarde estamos siempre en casa... los dos.

—¿Los... dos?

—Estoy casado. Mi mujer hoy no se encontraba del todo bien, por eso no ha acompañado al difunto. Además, para cumplir con esta formalidad vacía, con este rito, una sola persona es suficiente. ¿Quién puede creer en todo esto?

Me sorprendí un poco con estas últimas palabras, sin embargo no dije nada, llamé a un cochero y propuse a Baburin llevarlo a casa; pero lo rechazó.

Esa misma tarde salí para verlo. Por el camino no hice sino pensar en Punin. Me acordaba de la primera vez que nos encontramos y qué entusiasta y divertido era; después de Moscú, de lo amansado que estaba, especialmente en nuestro último encuentro; y ahí lo tenías, las cuentas definitivas con la vida: ¡estaba visto que esta no bromeaba! Baburin vivía en la zona de

Vyborg, en una casita que me recordó a su nido moscovita: la de Petersburgo era casi igual de pobre. Cuando entré a la estancia, estaba sentado en una silla en un rincón, las manos caídas en las rodillas; una vela de sebo casi consumida iluminaba débilmente su rostro blanco y caído. Sintió el ruido de mis pasos, se estremeció y me recibió con más cordialidad que la que yo había esperado. Pocos instantes después apareció su mujer; al momento reconocí a Muza, y solo entonces comprendí por qué Baburin me había invitado a su casa: quería mostrarme que, a pesar de todo, se había salido con la suya.

Muza había cambiado muchísimo: la cara, la voz y la forma de moverse; pero, sobre todo, habían cambiado sus ojos. Solían correr vivarachos esos ojos malignos, esos ojos tan bonitos; brillaban a escondidas, pero con fuerza; su mirada se clavaba como un alfiler... Ahora su mirada era directa, tranquila y atenta; las negras pupilas se habían apagado. «Estoy doblegada, soy pacífica, soy buena», parecía decir su mirada apacible e inexpresiva. Lo mismo decía su sonrisa obediente y continua. Incluso el vestido que llevaba era pacífico: marrón con puntitos. Fue la primera en acercarse, me preguntó que si la había reconocido. Era evidente que no se sentía confusa, y no porque hubiera perdido la vergüenza o la memoria, sino simplemente porque la vanidad se había desprendido de ella. Muza habló mucho del difunto Punin, hablaba con voz plana, también enfriada. Me enteré de que en los últimos años Punin se volvió realmente débil y enfermizo, casi chocheaba, que incluso se aburría sin juguetes; lo cierto es que le aseguraban que los bordaba de trapos para luego venderlos..., pero que era él quien se distraía con ellos. La pasión por los versos, sin embargo, no se había apagado y su memoria se alimentaba solo de poemas: varios días antes de morir todavía recitaba partes de la *Rossiada*; aunque temía a Pushkin como los niños temen a la marimanta. Su cariño por Baburin tampoco había disminuido: lo veneraba igual que siempre y, cuando ya lo habían atrapado la oscuridad y la fría muerte, todavía balbucía con la lengua entorpecida: «¡Benefactor!». También me enteré por Muza de que, poco después de lo acontecido en Moscú, Baburin volvió a verse obligado a dar vueltas y vueltas por Rusia, trasladándose de un trabajo privado a otro; que a Petersburgo había llegado también por un trabajo privado que, por cierto, lo habían obligado a dejar unos días antes por un disgusto con el dueño: a Baburin se le había ocurrido

interceder por los trabajadores... La continua sonrisa con la que Muza acompañaba su relato me llevó a unas tristes reflexiones; y terminó de confirmar la impresión causada por el aspecto de su marido. Los dos tenían dificultades para conseguir el pan de cada día, no había ninguna duda. Él intervino poco en nuestra conversación: parecía más inquieto que afligido... Algo lo roía por dentro.

—Paramón Semiónych, venga un momento —dijo la cocinera, apareciendo inesperadamente en el umbral de la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Qué necesita? —preguntó él alarmado.

—Venga, por favor —repitió la cocinera con tono expresivo e insistente. Baburin se abotonó y salió.

Cuando nos quedamos a solas Muza y yo, me contempló con mirada un poco cambiada y dijo con voz también cambiada y ya sin sonreír:

—No sé qué pensará sobre mí ahora, Piotr Petróvich, pero supongo que recuerda cómo era yo... Estaba segura de mí misma, era alegre... y no era buena; quería vivir a mis anchas. Pero mire lo que le voy a decir: cuando me abandonaron y yo andaba como perdida y solo esperaba, bien que Dios me llevara, bien tener el ánimo de quitarme la vida, otra vez, como en Vorónezh, me encontré con Paramón Semiónych... y él me salvó, otra vez... No le oí ni una palabra de ofensa, ni un solo reproche le oí, no exigió nada de mí, no valía yo tanto; pero él me quería... y me convertí en su mujer. ¿Qué podía haber hecho? La muerte no había llegado, la vida tampoco como yo hubiera querido... ¿Dónde iba a ir? Y en él, piedad. Eso es todo.

Se quedó callada y volvió el rostro por un instante..., la anterior sonrisa sumisa apareció de nuevo en sus labios. «Si me resulta fácil vivir, eso no me lo preguntes», me pareció ver en ese momento en la sonrisa.

La conversación entró en los temas habituales. Muza me contó que de Punin había quedado un gato al que él quería mucho, y que desde su muerte se había marchado al desván y ahí se había quedado y no hacía sino maullar, pareciera estar llamando a alguien... Los vecinos estaban muy asustados y se figuraban que era el alma de Punin, que se había convertido en gato.

—A Paramón Semiónych lo inquieta algo —dije por fin.

—¿Se ha dado cuenta? —Muza suspiró—. Es imposible que no esté inquieto. Ni que decir tiene que Paramón Semiónych sigue siendo fiel a sus

convicciones... El orden actual de las cosas no ha hecho sino reforzarlas. — Muza se expresaba de una forma muy diferente a como lo hacía en Moscú: su lenguaje había tomado un tono literario, de persona leída—. Por lo demás, no sé si puedo confiar en usted y no sé cómo recibirá...

—¿Por qué cree que no puede confiar en mí?

—Pues porque usted está a su servicio, es funcionario.

—¿Y?

—Que, por consiguiente, es leal al gobierno.

Me asombré interiormente de... la juventud de Muza.

—Sobre mis relaciones con un gobierno que ni sospecha de mi existencia no voy a extenderme —dije yo—, pero puede estar usted tranquila. No me aprovecharé de su confianza. Con las convicciones de su esposo, yo simpatizo... más de lo que usted supone.

Muza meneó la cabeza.

—En ese caso... —empezó ella no sin titubear—, mire lo que ocurre. Es posible que las convicciones de Paramón Semiónych tengan que manifestarse de verdad. No pueden seguir escondidas. Hay unos camaradas a los que ahora no puede dejar atrás...

Muza se calló de repente, como si se hubiera quedado sin lengua. Sus últimas palabras me pasmaron y me asustaron un poco. Es probable que mi cara expresara mis sentimientos, y que Muza lo hubiera notado.

Ya he dicho que este encuentro nuestro tuvo lugar en el año 1849. Muchos todavía recordarán qué tiempos tan tumultuosos y difíciles eran y qué sucesos fueron notables en San Petersburgo.¹¹ A mí personalmente me habían dejado estupefacto algunas rarezas en el trato de Baburin, en toda su forma de comportarse. Unas dos veces se refirió con una amargura y un odio tan bruscos, con tal repugnancia a las disposiciones gubernamentales, a los altos funcionarios, que me sentí dudar...

—¿Y bien —me preguntó de repente—, ya ha liberado a sus campesinos?

Me vi obligado a reconocer que no.

—Pues si dicen que su abuela ha muerto.

Esto también tuve que reconocerlo.

—Así que esto es lo que a ustedes, a los señores nobles... —refunfuñó Baburin—, que las manos ajenas... amontonen las brasas..., eso es lo que les

gusta.

En su habitación, en el lugar más visible, estaba colgada una famosa litografía que representaba a Belinski;¹² sobre la mesa, un ejemplar del antiguo *La estrella polar* de Bestúzhev.¹³

Después de que lo llamara la cocinera, Baburin tardaba bastante en regresar. Muza, intranquila, miró varias veces a la puerta por la que él había salido. Finalmente no aguantó más, se levantó, se disculpó y salió también por esa misma puerta. Cuarto de hora después regresaba con su marido; la cara de los dos, al menos así me lo pareció a mí, expresaba confusión. Pero inesperadamente la cara de Baburin adoptó otra expresión, una endurecida, y casi exaltada...

—¿Cómo va a acabar esto? —empezó a hablar con voz entrecortada, una voz que se ahogaba, algo nada propio de él, mientras miraba a su alrededor con ojos errantes, salvajes—. Vives y ves pasar los años con la esperanza de que, por ventura, todo va a ir mejor, de que será más fácil respirar, pero es al revés, ¡todo va cada vez peor! ¡Ya nos han *pegado* a la pared! De joven sufrí de todo; me..., podían... haberme matado... así es —añadió girándose bruscamente sobre sus talones y como si se lanzara sobre mí—, ya siendo mayor de edad recibí castigos corporales..., así es, y no hablemos ya de otras injusticias... Pero ¿será posible que lo que nos aguarde sea volver a eso, a los tiempos de antes...? ¡Qué van a hacer ahora con los jóvenes! ¡Si agotan la paciencia a cualquiera! ¡La agotan! ¡Espere y verá!

Nunca lo había visto en ese estado. Hasta Muza estaba completamente pálida. De pronto, Baburin empezó a toser y se dejó caer en el banco. Como no deseaba incomodarlo ni a él ni a Muza con mi presencia, decidí marcharme y ya me estaba despidiendo cuando, de pronto, la misma puerta de antes que daba a la habitación contigua se abrió y dejó entrever una cabeza..., pero no era la cabeza de la cocinera, sino la cabeza desgredada y asustadísima de un joven.

—¡Qué desgracia, Baburin, qué desgracia! —balbució apresurado, pero se escondió en cuanto vio mi figura, la de un desconocido.

Baburin se apresuró en salir en pos del joven. Yo estreché con fuerza la mano de Muza... y me alejé con un mal presentimiento en el corazón.

—Venga mañana —susurró alarmada.

—Lo haré sin falta —respondí yo.

Al día siguiente estaba todavía acostado cuando mi criado me entregó una carta de Muza.

Piotr Petróvich, muy señor mío:

Esta noche los gendarmes han arrestado a Paramón Semiónych y se lo han llevado a la fortaleza¹⁴ o no sé bien a dónde, no lo dijeron. Han rebuscado en todos nuestros papeles, han sellado muchas cosas y se las han llevado. También libros y cartas. Se dice que ha habido montones de detenidos en la ciudad. Ya puede imaginarse cómo me encuentro. ¡Qué bien que Nikandr Vavílych no haya vivido para ver esto! Se marchó a tiempo. Aconséjeme qué hacer. No tengo miedo por mí, no moriré de hambre, pero el pensar en Paramón Semiónych no me permite descansar. Venga, por favor, si no tiene miedo de visitar a gente en una situación como la nuestra.

Una servidora de usted,

Muza Babúrina

Media hora después estaba en casa de Muza. Al verme, me tendió los brazos y, aunque no dijo ni una palabra, una expresión de agradecimiento le brilló fugazmente en la cara. Llevaba el vestido del día anterior: en todo quedaba claro que no se había acostado ni dormido en toda la noche. Tenía los ojos rojos, pero del insomnio, no de lágrimas. No lloraba. No tenía humor para eso. Quería actuar, quería luchar contra la desdicha que la había golpeado: la antigua Muza, la enérgica y voluntariosa, había revivido en ella. Ni siquiera tenía tiempo para indignarse, aunque se ahogaba de indignación. Cómo ayudar a Baburin, a quién recurrir para aliviar su destino, ella solo pensaba en esto, en nada más. Quería irse ya mismo..., ir..., pedir..., exigir... Pero ¿dónde?, ¿a quién pedir?, ¿qué exigir?, esto es lo que ella quería oír de mí, estos eran los consejos que quería pedirme.

Empecé aconsejándole... que tuviera paciencia. En las primeras horas no se podía hacer otra cosa sino esperar y, en la medida de lo posible, hacer indagaciones. Empezar algo decisivo en ese momento, cuando la causa apenas se había iniciado, cuando apenas acababa de surgir, era sencillamente inconcebible e imprudente. Esperar un final feliz era descabellado, incluso aunque yo hubiera gozado de mayor cuota de importancia o influencia...,

pero ¿qué podía hacer yo, un funcionario de grado menor? Ni siquiera podía protegerla a ella... No fue nada fácil explicarle todo esto...; sin embargo, terminó por comprender mis argumentos; y comprendió también que no era un sentimiento de egoísmo lo que me guiaba mientras le demostraba la inutilidad de cualquier intento.

—Dígame, Muza Pávlovna —empecé cuando al fin ella se sentó en una silla (hasta entonces había estado todo el rato de pie, como si estuviera dispuesta para salir en ayuda de Baburin en cualquier momento)—, ¿cómo ha sido que Paramón Semiónych, a su edad, ha acabado en esta historia? En ella, estoy seguro, solo se han enredado jóvenes como el que ayer por la tarde vino a darles aviso...

—¡Esos jóvenes son amigos nuestros! —exclamó Muza, y sus ojos empezaron a brillar y a correr como antaño. Algo fuerte e incontenible pareciera haberse sublevado en lo más profundo de su alma... y de pronto recordé el nombre de «nueva especie» que en tiempos le diera Tárjov—. ¡Los años no significan nada si se trata de convicciones políticas! —Muza se apoyó especialmente en estas dos últimas palabras. Hubiera podido pensarse que, con todo, no le desagradaba manifestarse ante mí como parte de un mundo nuevo e inesperado, del mundo de una mujer instruida y madura, ¡digna esposa de un republicano!—. Algunos viejos son más jóvenes que algunos jóvenes —continuó—, están más dispuestos al sacrificio... Pero esta no es la cuestión.

—Me parece, Muza Pávlovna —observé yo—, que está exagerando un poco. Conociendo el carácter de Paramón Semiónych, estoy de antemano seguro de que simpatiza con cualquier... impulso honrado; pero, por otra parte, siempre lo he considerado un hombre juicioso... ¿De veras no comprende la imposibilidad, el despropósito de las conjuraciones aquí, en nuestra Rusia? En su situación, con su condición...

—Por supuesto —me interrumpió Muza con un deje de amargura en la voz—, es burgués, y en Rusia solo se le permite conspirar a los nobles, como, por ejemplo, el catorce de diciembre...¹⁵ Eso es lo que quería decirme, ¿no?

«En ese caso, ¿de qué se queja?», casi se me escapó...; sin embargo, logré contenerme.

—¿Considera usted que el resultado del catorce de diciembre tiene tales características que deben llevar a alentar a otros? —dije subiendo la voz.

Muza frunció el ceño. «Contigo no se puede hablar de estas cosas», leí yo en su cara agachada.

—¿Paramón Semiónych está muy comprometido? —opté por preguntar finalmente. Muza no respondió. En el desván se oyó un maullido hambriento y salvaje.

Muza se estremeció.

—¡Ay, qué bien que Nikandr Vavílych no haya visto nada de esto! —gimió casi con desesperación—. No ha visto cómo se llevaron en plena noche y a la fuerza a nuestro benefactor, al que quizá sea el mejor hombre y el más honrado de todo este mundo, no ha visto cómo se dirigían a un venerable anciano, cómo le decían: «Oye, tú», cómo lo amenazaron, ¡y con qué lo amenazaron!... ¡solo por ser burgués! El oficial joven debía de ser también uno de esos desalmados sin conciencia como los que yo... en mi vida...

A Muza se le quebró la voz. Temblaba entera, como una hojita.

La indignación largo tiempo contenida brotó al fin; sacudidos, llamados al exterior por la inquietud general de su alma, se agitaron los recuerdos de antaño... Pero yo me convencí en ese instante de que la «nueva especie» seguía existiendo, seguía existiendo esa misma naturaleza apasionada y entusiasta... Solo que ahora Muza ya no se entusiasmaba con lo que solía hacerlo en sus años jóvenes. Lo que en mi primera visita yo había tomado por resignación, por apaciguamiento, y que, en efecto, existía —la mirada tranquila e inexpresiva, la voz fría, la rectitud y sencillez—, todo esto cobraba sentido solo en relación con el pasado, con lo que ya no volvería...

Ahora el presente había tomado la palabra.

Intenté tranquilizar a Muza, intenté guiar nuestra conversación a un terreno más práctico. Había que tomar alguna medida urgente: averiguar dónde se encontraba en realidad Baburin y, después, conseguirles a él y a Muza medios para subsistir. Todo esto suponía no pocas complicaciones, había que encontrar no dinero como tal, sino un trabajo, lo que, como es sabido, es una tarea bastante más complicada...

Me fui de casa de Muza con todo un enjambre de consideraciones en la cabeza.

Pronto averigüé que Baburin estaba en la fortaleza...

La causa había empezado... y se demoraba. Todas las semanas veía a Muza varias veces. Había podido ver a su marido en varias ocasiones. Pero

en el momento de la resolución de toda esta triste historia yo no estaba en Petersburgo. Un imprevisto me obligó a ir al sur de Rusia. Durante mi ausencia me enteré de que a Baburin lo habían absuelto en el juicio: resultó que toda su culpa consistía en que en su casa, al ser la casa de un hombre incapaz de levantar sospechas, a veces se habían reunido unos jóvenes y que él había estado presente en sus conversaciones; sin embargo, por orden administrativa lo enviaron a residir a uno de los gobiernos occidentales de Siberia. Muza se marchó con él.

(...) Paramón Semiónych no quería —me escribió—, porque según sus ideas, nadie tiene el derecho de sacrificarse por otra persona, sino solo por la causa. Pero yo le respondí que aquí no había sacrificio alguno. Que cuando le dije en Moscú que sería su mujer, me dijo para mí: ¡para siempre!, ¡sin que nada lo cambie! Y así de inalterable deberá ser hasta el final de los días...

IV. AÑO 1861

Pasaron otros doce años... Todos en Rusia saben y recordarán por siempre jamás lo que sucedió entre los años 1849 y 1861. También en mi vida personal se dieron muchos cambios en los que, por lo demás, no hay por qué extenderse. Aparecieron nuevos intereses, nuevas preocupaciones... La pareja Baburin al principio retrocedió a un segundo plano, después se esfumó. Ciertamente que continuaba escribiéndome con Muza muy de cuando en cuando; a veces pasaba más de un año sin noticias de ella y de su marido. Sabía que justo después del año 55 se le había permitido regresar a Rusia, pero que quiso quedarse en la pequeña ciudad de Siberia donde lo había llevado el destino y donde, por lo visto, había construido su nido, había encontrado refugio, una esfera de actividad...

Y he aquí que, a finales del mes de marzo de 1861, recibo la siguiente carta de Muza:

Hace tanto que no le escribo, estimadísimo P. P., que ni siquiera sé si está vivo y, si lo está, si no se habrá olvidado de nuestra existencia. Pero no importa, hoy no puedo no escribirle. Hasta el día de hoy todo seguía como antes; Paramón Semiónych y yo trabajábamos en nuestras escuelas, que poco a poco hemos ido sacando adelante; además, Paramón Semiónych se dedicaba a leer y a enviar cartas y a los debates de siempre con los viejos creyentes, con los clérigos y con los polacos deportados; su salud era bastante buena...

La mía también. Pero... ¡ayer nos llegó el manifiesto del 19 de febrero!¹⁶ Hacía tanto que lo esperábamos, hacía tanto que corrían los rumores sobre lo que se estaba haciendo allí, en Petersburgo..., aun

así, no puedo describirle lo que supuso. Usted conoce bien a mi marido; la desgracia no lo ha cambiado lo más mínimo, sino que, por el contrario, lo hizo más fuerte y enérgico. (No voy a esconder lo que escribió Muza: *enérgico*). Tiene una fuerza de voluntad de hierro, pero ¡esta vez no logró contenerse! Las manos le temblaban mientras leía, después me abrazó tres veces y tres veces me besó, quería hablar, decir algo..., pero nada, ¡no pudo!, y terminó cubriéndose de lágrimas, algo muy sorprendente, y empezó a gritar de repente: «¡Hurra, hurra! Dios salve al zar». Sí, Piotr Petróvich, ¡esas fueron sus palabras! Después añadió: «Ahora, Señor, despides a...»¹⁷ y después: «Es el primer paso, tras él tendrán que venir otros», y como estaba, sin gorro, corrió a informar de la gran nueva a nuestros amigos. Hacía mucho frío, incluso se había levantado ventisca, quise retenerlo, pero él no me hizo caso. Y cuando vino a casa, estaba todo cubierto de nieve, y el pelo, la cara y la barba —ahora la barba le llega hasta el pecho— y hasta las lágrimas de las mejillas se le habían congelado. Pero estaba muy vivo y alegre, y me ordenó que descorchara una botella de vino de Tsimlá y, junto con los amigos que se había traído, bebió a la salud del zar y de Rusia y de todas las gentes libres de Rusia, y tomó una copa y llevó la mirada a la tierra y dijo: «Nikandr, Nikandr, ¿lo has oído? ¡En la Rus ya no hay esclavos! ¡Regocíjate también tú ahí, en la tumba, viejo camarada!». Y habló también de que ya no se podía volver atrás, que, a su manera, era una garantía y una promesa... No recuerdo todo, pero hacía mucho que no lo veía tan feliz. Y, entonces, decidí escribirle para que también usted supiera cuánto nos hemos alegrado y regocijado en los lejanos desiertos de Siberia, para que usted se alegre con nosotros...

Recibí esta carta a finales de marzo; y a principios de mayo llegó otra, muy cortita, también de Muza. Me comunicaba que su marido, Paramón Semiónych Baburin, que se había acatarrado el día de la llegada del manifiesto, había fallecido el 12 de abril de pulmonía, a los sesenta y siete años de edad. Añadía que estaba dispuesta a quedarse allí donde reposaba el cuerpo de él, y continuar con el trabajo por él legado, porque tal había sido la última voluntad de Paramón Semiónych, y ella no tenía más ley que esta.

Desde entonces no he vuelto a saber nada de Muza.

París, 1874

PUNIN Y BABURIN

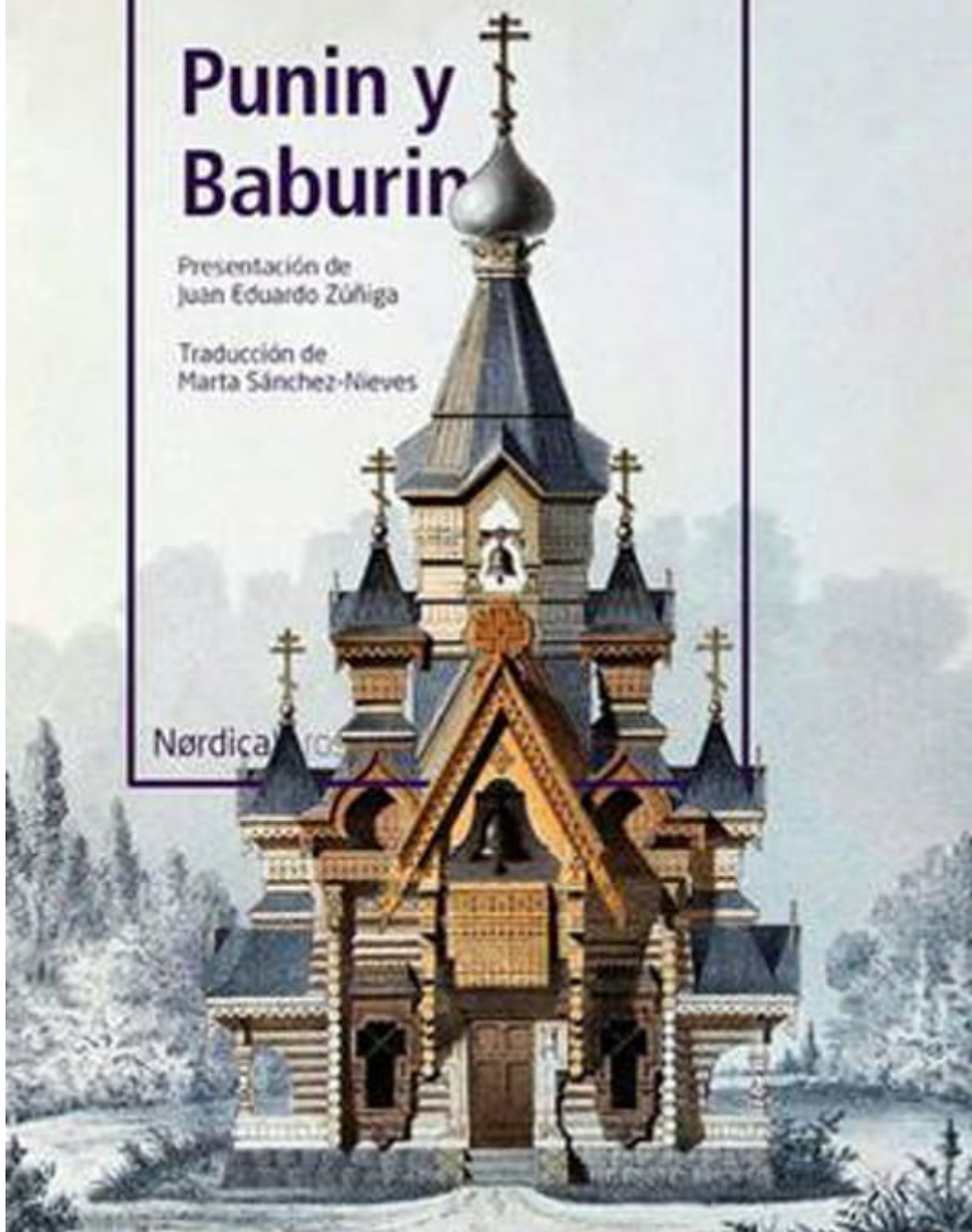
Iván Turguénev

Punin y Baburin

Presentación de
Juan Eduardo Zúñiga

Traducción de
Marta Sánchez-Nieves

Nórdica



Juan Eduardo Zúñiga señala en el texto de presentación de *Punin y Baburin* (novela inédita hasta ahora en castellano) que «Turguénev fue testigo de la lenta ruina de la nobleza rusa, aunque distanciado de ella por poderosas razones. Distanciamiento que le permitió captar los rasgos básicos de los rusos del siglo pasado y, al introducirlos en su literatura, escribir una larga historia que ayuda a conocer los orígenes de la Rusia actual». Esta novela es una de sus obras maestras y es también uno de sus textos más autobiográficos, ya que se basa en su cruel madre y en su abuso de los cinco mil campesinos que poseía. Ella tenía un poder absoluto sobre ellos y, cuando se disgustaba, les infligía severos castigos, incluso flagelándolos hasta la muerte.

Iván Turguénev

(Oriol, Rusia, 1818 - Bougival, Francia, 1883).

Escritor ruso. Perteneciente a una familia noble rural, pasó su infancia en la hacienda materna hasta que se trasladó a Berlín para seguir estudios superiores, momento en el que entró en contacto con la filosofía hegeliana. De vuelta a su país, inició su carrera literaria con relatos que se inscriben dentro de la estética posromántica del momento (años treinta), mientras trabajaba como funcionario público, cargo que abandonó en 1843 por un gran amor, Pauline Viardot, cantante rusa constantemente en gira, con la que Turguénev mantuvo una apasionada relación.

«Un escritor magistral por su destreza para analizar los entresijos del alma humana, por sus invenciones verosímiles, por lo problemático de su psicología y por los aspectos reservados de su obra; de ella brota un sutil aliento de dolor íntimo, de frustración y melancolía».

JUAN EDUARDO ZÚÑIGA

Juan Eduardo Zúñiga señala en el texto de presentación de *Punin y Baburin* (novela inédita hasta ahora en castellano) que «Turguénev fue testigo de la lenta ruina de la nobleza rusa, aunque distanciado de ella por poderosas razones. Distanciamiento que le permitió captar los rasgos básicos de los rusos del siglo pasado y, al introducirlos en su literatura, escribir una larga historia que ayuda a conocer los orígenes de la Rusia actual».

Esta novela es una de sus obras maestras y es también uno de sus textos más autobiográficos, ya que se basa en su cruel madre y en su abuso de los cinco mil campesinos que poseía. Ella tenía un poder absoluto sobre ellos y, cuando se disgustaba, les infligía severos castigos, incluso flagelándolos hasta la muerte. Algunos críticos han teorizado sobre si las historias de Turguénev no eran en realidad instrumentos para liberar a los siervos, pues consiguen «poner luz en las tinieblas de su tiempo».

Nørdicalibros

Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire.



IBIC: FA
ISBN: 978-84-17281-73-1



9 788417 281731

NOTAS

¹ El texto de presentación «Encuentro con Iván Turguénev» es el primer capítulo del libro de Juan Eduardo Zúñiga *Las inciertas pasiones de Iván Turguénev*, Alfaguara: Madrid, 1996. [Nota del editor].

² Alternancia habitual de la forma completa, normativa, de los patronímicos (Semiónovich, Nikoláievich) con la variante sincopada, coloquial (Semiónych, Nikoláich). (*Todas las notas de la presente edición pertenecen a la traductora, si no se indica otra cosa*).

³ Iván Kuzmich Kaidánov (1782-1843), profesor y autor de una serie de manuales de historia rusa y universal bastante populares a principios del siglo xix.

⁴ El *pud* (en plural, *pudî*) es una antigua medida de peso equivalente a 16,38 kg.

⁵ Gavriil R. Derzhavin escribió el poema «A los soberanos y jueces» basándose en el Salmo 81, atribuido al rey David. Dado su contenido, Catalina II prohibió en 1795 la publicación de la antología de versos de Derzhavin que incluía este poema.

⁶ *Roslavliov o los rusos en 1812*, novela histórica de Mijaíl Nikoláievich Zagoskin (1789-1852), de menor calidad, a juicio de Turguénev, que su primera novela *Yuri Miloslavski o los rusos en 1612*.

⁷ David el Constructor (1073-1125), rey de Georgia desde 1089 hasta el año de su muerte.

⁸ Vasili Grigórievich Ruban (1742-1795), escritor y poeta de la Ilustración, traductor de Virgilio y Ovidio.

⁹ Lo habitual es que la *o* átona se pronuncie reducida o como una *a*.

¹⁰ Prenda de abrigo tradicional rusa, fruncida a la cintura y que solía cerrarse en el costado.

¹¹ Ese año las autoridades zaristas pusieron fin a las actividades del llamado Círculo Petrashevski, un abigarrado grupo formado en torno a la figura del pensador Mijaíl Vasílievich Petrashevski, en el que se debatía un amplio abanico de ideas que abarcaban desde los movimientos revolucionarios de 1848 al socialismo utópico. Es uno de los círculos más renombrados, porque de él formaron parte bastantes escritores, algunos tan famosos como Fiódor M. Dostoievski. Varios de sus miembros, entre ellos también Dostoievski, fueron condenados a la pena capital, pero en el último momento vieron conmutada su pena por el destierro a Siberia, hasta que en 1861 les llegó la amnistía.

¹² Vissarión Grigórievich Belinski (1811-1848), filósofo, escritor y crítico literario ruso. Su correspondencia con Gógol se publicó en el almanaque que se cita a continuación.

¹³ Alexandr Alexándrovich Bestúzhev fue junto con Kondrati Fiódorovich Ryléiev editor del almanaque *La estrella polar*, cuyos tres números vieron la luz en San Petersburgo entre 1822 y 1825. En él publicaron los mejores escritores rusos de la época, como Alexandr Pushkin, muchos de ellos participantes del movimiento decembrista, por lo que la publicación tiene el sobrenombre de «almanaque de los decembristas».

¹⁴ La fortaleza de Pedro y Pablo fue la primera construcción de la ciudad y casi desde sus primeros años se convirtió en el principal lugar de reclusión de los presos políticos.

¹⁵ Fecha del Levantamiento Decembrista de 1825, el 26 de diciembre según el calendario actual.

¹⁶ El 3 de marzo, según el calendario actual, se publicó el manifiesto con la reforma campesina de Alejandro II que implicaba la emancipación de los siervos.

¹⁷ Lucas 2, 29.